

NOTAS

ANTECEDENTES Y EVOLUCIÓN DE LA DISCUSIÓN ENTRE L. S. KLEJN
Y H. B. LAHITTE EN TORNO A LA ARQUEOLOGÍA TEÓRICA ¹

En el año 1977 aparecía en la revista *Current Anthropology*, vol 18, núm. 1, pp.1-42, el trabajo «A Panorama of Theoretical Archaeology», de Leo S. Klejn, arqueólogo ruso de reconocida trayectoria. En la introducción de su trabajo justificaba la aparición del mismo en los siguientes términos: «En los últimos quince años, el interés de los arqueólogos en los problemas generales de su disciplina —filosóficos, metodológicos, lógicos y teóricos— y en aquellos que vinculan arqueología con prehistoria, historia, sociología y antropología social o cultural (etnología o etnografía, por tanto) se ha incrementado mucho. Esta intensificación del interés ha dado origen a una corriente de literatura en varios idiomas, lo que ha hecho evidente que estudios especiales acumulativos de esta literatura son una necesidad» (CA, 18: 1).

Su *paper* incluía, en un estudio retrospectivo, una alusión a los distintos movimientos que dentro de la arqueología se habían dado a lo largo de los últimos años y que, textos mediante, constituían la literatura teórica de la misma. Tal trabajo, que cubría una extensa gama de problemas y una gran cantidad de bibliografía consultada, despertó rápidamente una fructífera discusión y crítica ².

Fueron primeramente R. Santley y R. Turner, por un lado, y H. Lahitte —que para Klejn «demuestra la influencia de la rama analítica de

¹ Selección, compaginación y traducción de los textos originales: Juan José Cascardi, técnico del CONICET.

² Extendernos en el «Panorama» nos desviaría del objetivo que nos proponemos; sugerimos su atenta lectura para tener una acabada idea del mismo.

la 'Nueva Arqueología' sobre estudios descriptivos» (CA, 19: 162)—, por otro, quienes aceptaron la invitación que el autor hacía al final de su trabajo: «A fin de determinar si esta clase de esfuerzo es valdero, me gustaría oír las opiniones de lectores sobre la utilidad práctica del estudio: ¿Es apropiado para esta publicación? ¿Está la forma bien elegida? ¿Qué soporte necesita, y qué cambio requiere?» (CA, 18: 31).

Posteriormente fueron muchos los arqueólogos que participaron con sus ideas en el mantenimiento del debate, además de posiblemente muchos otros comentarios que no fueron publicados³.

En los comentarios finales del «Panorama» Klejn manifestaba: «Los teóricos están a menudo advertidos de las palabras de Mefistóteles en el *Fausto*, de Goethe, 'Mi apreciado amigo, grises son todas las teorías / y verde solamente el árbol dorado de la Vida'. Como todo pensamiento diabólico, sin embargo, esto es verdad sólo en ciertas aplicaciones y se vuelve una mala parodia tan pronto como, a la insistencia del diablo, esto es hecho absoluto. Los arqueólogos han tenido siempre ocasión de notar (ver Kluckhohn, 1939; Taylor, 1948; Binford, 1968a; Martin, 1971; Harris, 1971) que sin teoría científica la vida no es del todo vida. El período que yo he tomado para estudio se ha mostrado como vital, tempestuoso y productivo en lo que puede ser pugna teórica. Pugna es vida, pensamiento es vida, teoría es vida. A pesar de Mefistóteles por lo contrario, yo he presentado la teoría en mi estudio como un verde, árbol viviente con ramas entrelazadas y murmullo de hojas» (CA, 18: 29). Lahitte, en su comentario del «Panorama», decía: «Para mí, el ensayo de Klejn es 'gris' en el sentido de Goethe. Habiendo trabajado con Gardin, yo puedo explicar las aproximaciones teóricas y metodológicas que uso y evito *a priori*, que envuelven en parte un lenguaje. Encuentro el ensayo de Klejn sobresaturado de *a priori* en su lenguaje y en sus interpretaciones» (CA, 19: 748).

Por su parte, en su *reply* a Lahitte, el autor del «Panorama» expresaba: «El comentario de Lahitte le parece a él 'condicionado, aunque no determinado, por el estructuralismo'. Para mí, parece más condicionado y determinado por el neopositivismo, desde que su autor cree en la posibilidad de evitar *a priori* (una creencia que es en él mismo un *a priori*) y obviamente considera al análisis descriptivo una panacea» (CA, 19: 163).

Mientras Lahitte sostenía: «Sólo con una detallada descripción de los elementos teóricos que él usa puede el lector hacer su propio juicio del trabajo en cuestión y de la crítica de Klejn de él» (CA, 18: 748),

³ Dadas las intenciones de este comentario, subrayar algunos de los párrafos que involucran particularmente la discusión entre Klejn y Lahitte, no nos detendremos en las sugerencias o críticas —en numerosos casos interesantes— del resto de los investigadores que participaron de la discusión general, invitando a los lectores a leer para ello, los distintos números del *Current Anthropology* donde la misma fue desarrollada.

Klejn se preguntaba: «¿El está demandando un modo de análisis descriptivo de los trabajos teóricos, con códigos, orientación, segmentación y todo eso de 'elementos teóricos'?» Para él, parece que un *paper* debería ser formalizado (aunque por medio de un análisis de contenido hecho realmente por él) a fin de ser capaz de ser usado.

El análisis de contenido es bueno en su lugar. La definición de «elementos teóricos», etc., puede ayudar a uno en la solución de algunos problemas particulares, pero ellos empobrecen, decoloran y secan el pensamiento vivo real, el cual es, por supuesto, más indeterminado y vago, pero simultáneamente rico y más colorido que cualquier esquema formal designado a representarlo. Además, ésta es simplemente otra tarea, no mía. Mi tarea incluyó proporcionar al lector una noción de todo el proceso viviente, sus tendencias principales, nuevas ideas, controversias, contradicciones y peligros. No he escondido mis propias posiciones. Intenté no subsumir la exposición de otros bajo mis propios 'elementos teóricos'. Para salvar espacio, no definí términos donde sentí que ellos eran inteligibles por el contexto. *Quizás, no fui siempre claro en esto*» (CA, 19: 163-64)⁴.

Durante todo el año 1978 se fueron sucediendo los comentarios de Brüggemann, Brentjes, Ehrich, Gjessing y Leone.

Para agosto de 1979 Leo Klejn enviaba a la revista *Current Anthropology* un escrito titulado «Sobre la construcción de una Arqueología Teórica», y que ésta publicaría en su vol. 21, núm. 4, pp. 521-26, de agosto de 1980. En él, Klejn contestaba a los comentarios antes citados; expresaba que: «Puesto que todos los comentaristas, excepto Lahitte (CA, 18: 748), sobre mi panorama de arqueología teórica (CA, 18: 1-42) lo han considerado útil y pese a alguna crítica, lo evaluaron favorablemente, yo pude contentarme con un simple agradecimiento hacia ellos por su atención y adiciones» (CA, 21: 521). Y agregaba: «Sin embargo, la discusión como un todo parece haber abierto otro lado del problema. Habiendo comparado los comentarios con las cartas que he recibido de mis colegas, yo arribo a la conclusión que los comentarios no reflejan adecuadamente las reacciones de los arqueólogos hacia mi trabajo» (CA, 21: 521). El autor del «Panorama» consideraba que sus «lectores parecen caer dentro de diversas categorías amplias. La más grande consta de arqueólogos, quienes no tienen gran interés en la teoría general. En sus cartas ellos me felicitan por la publicación de un paper que es impresionante en extensión y tiene un título seductor y prometen intentar leerlo cuando puedan encontrar el tiempo. Los comentarios de ellos, naturalmente, están ausentes aquí. Un segundo grupo, también grande, consta de aquellos quienes tratan de estar bien informados sobre arqueología teórica y quienes necesitan y desean tal

⁴ El subrayado es nuestro.

estudio. Como regla, ellos no escriben comentarios, tampoco; simplemente usan mi trabajo para orientación y referencias. Aquellos que me conocen personalmente expresan su gratitud en cartas e indican que no tienen qué agregar, ellos no intentan comentar para la publicación. Ocasionalmente uno de ellos estará incitado a comentar algo que le parece requiere una respuesta (Gjessing, CA, 19: 632-33). Un tercer grupo consta de autores de trabajos teóricos, quienes no están representados en mi estudio exactamente como a ellos les gustaría estarlo. Muchos están preparados a resignarse a esto; otros me reprochan en cartas, y unos pocos reaccionan en letras de molde (e.g. Leone, CA, 19: 664-65; Trigger, 1978). En estos casos el comentario está basado sobre el principio formulado por Ehrich (CA, 19: 427): 'Generalmente excelente, pero donde se refiere a mí...'» Un cuarto grupo consta de investigadores trabajando sobre problemas concretos de teoría arqueológica, estrechamente definida. Cada uno está seguro que su posición es correcta y científica; no ve sus limitaciones y no puede aprehender otras posibilidades y problemas. Confronta cada nuevo trabajo en arqueología teórica concentrado en un solo propósito y lo evalúa desde solamente un punto de vista: el que ofrece para la consideración de *su* problema en *sus* términos. El no está viendo un estudio general y, no encontrando lo que desca, se vuelve irritable y levanta su pluma. Quizá éste es el por qué algunos comentaristas, Santley y Turner (CA, 18: 747-48), Lahitte, Brentjes (CA, 19: 423-26), con alguna extensión Brüggemann (CA, 19: 164-66), insisten en criticar mi trabajo no como un estudio, sino como una exposición de mi propia concentración teórica, una exposición en la cual ellos sienten una carencia de, justamente, esta concepción, naturalmente. Estos oponentes son los más activos, y hasta ahora sus comentarios cuantitativamente predominantes. Un último grupo consta de trabajadores con amplios intereses teóricos, quienes, por supuesto, se encuentran compilando un estudio rico y más profundo que el mío. Sus juicios sobre la estructura del *paper*, sobre la representación de las varias escuelas, tendencias y trabajos, sobre mis evaluaciones, etc., serían muy importantes. Con la excepción de aquellos que han aparecido siempre en otros roles en el segundo y tercer grupos, sin embargo, ellos guardan silencio. Quizás ellos expresarán aún sus opiniones, en comentarios o en sus propios estudios» (CA, 21: 521).

Esta exposición de Klejn es analizada en 1981 por Lahitte, quien en su artículo «A propósito de la Arqueología Teórica» intenta, luego de casi cinco años de iniciada la discusión, definir algunos elementos teóricos-metodológicos que dan una idea de la situación actual de la Arqueología Teórica desde su punto de vista, así como analizar algunos párrafos de los distintos comentarios sobre el «Panorama» y fundamentalmente las réplicas de Klejn.

Adjuntamos, pues, a este breve conocimiento de la evolución de la discusión el artículo del Dr. Lahitte «A propósito de la Arqueología Teórica».

«MORE ON THEORETICAL ARCHAEOLOGY» *

(«A PROPÓSITO DE LA ARQUEOLOGÍA TEÓRICA»), por H. B. Lahitte. *Laboratorio de Análisis y Registro de Datos Antropológicos (LARDA). Fac. de Cs. Nat. y Museo de La Plata. UNLP. Paseo del Bosque. 1900. La Plata. Argentina.*

Con motivo de la discusión que se suscitara en torno al «Panorama teórico de la Arqueología», propuesto por L. Klejn (CA, 18: 142), y luego de casi cinco años de aparecido este artículo, considero importante definir algunos elementos teórico-metodológicos que den al lector una idea de la situación actual de la Arqueología Teórica.

Creo que el *reply* de Klejn es buena expresión de los argumentos con los que defiende su posición, la que en algunos momentos sólo parece tener valor como producto de los interlocutores que él mismo elige como válidos. Lo que más me llama la atención es cómo el autor parece, una vez más, omitir (por desconocimiento o desacuerdo) la exigencia de todo ejercicio arqueológico teórico: hacer explícitas las condiciones según las cuales se puede llevar a cabo un estudio crítico de las referencias y patrones de todo razonamiento arqueológico. Posiblemente por esto se desdibujan los méritos de su «construcción» (*entendida ésta como: «Toute espece de texte présenté comme une œuvre unitaire dans la littérature archéologique —article, livre, avec les illustrations qui l'accompagnent— pour faire connaître les résultats d'une fouille ou d'une prospection, le contenu d'un inventaire ou d'une collection, un monument ou un groupe de monuments particuliers, et les enseignements que l'on tire des uns et des autres pour éclairer l'histoire et les modes de vie des hommes d'autrefois»*) (Gardin, 1979, p. 302), como producto de una inadecuación entre valor cognitivo atribuido y evidencia tomada como referencia. Es sobre estas cuestiones que consagro los límites de esta aportación, la cual, a diferencia de lo que Klejn supone (CA, 21: 521) al incluirme en el grupo cuatro: «... researchers working on concrete problems of archaeological theory, narrowly defined», surge como consecuencia de estar abierto a la lectura (que lo incluye) y que me permite escribir este comentario.

* Dado el número limitado de páginas, ruego a los lectores se remitan a los *Current Anthropology* en los que ha sido publicada esta fructífera discusión: CA, 18: 1-42; CA, 19: 162-66; CA, 19: 423-27; CA, 19: 632-33; CA, 19: 664-65, v CA, 21: 521-26. El título en inglés se debe a que con él se identifican la serie de trabajos aparecidos a propósito del «Panorama», en el *Current Anthropology*.

Es difícil entender cómo el autor puede disociar «estudio» de «su concepción teórica general»: «... some commentators... insist on criticizing my work not as a survey, but as an exposition of my own theoretical conception, an exposition in which they feel a lack of —just this conception, naturally» (CA, 21: 521), la cual está presente y condiciona como instrumento privilegiado del análisis toda elaboración intelectual.

Es precisamente la presentación explícita de las reglas con las que componemos una «gramática cognitiva» lo que nos permite justificar una construcción arqueológica (sea general o no) y una determinada adscripción teórica; sobre todo cuando el proyecto de un arqueólogo es el de determinar el rigor científico de un texto, tomado como referencia o unidad significativa de análisis. Así, haciendo explícitas las condiciones del razonamiento, permitiremos a cualquier investigador ver las condiciones y límites de nuestras construcciones.

El estudio y referencia que Klejn hace de los textos no compone más que un «reconocimiento experimental», basado en operaciones de inferencia, en las que la *interpretación* sólo puede fundamentarse en las relaciones semánticas entre los elementos que se encuentran en el interior de distintas proposiciones. Comprender las relaciones proposicionales depende, por lo tanto, de las relaciones que podemos reconocer entre los componentes de la proposición, haciendo uso para esto de una lógica natural, de una lógica de la argumentación, de una lógica discursiva, etc.

La necesidad del «recurso a la prueba» es inherente a toda construcción teórica, dependiendo el procedimiento con que la llevemos a cabo de la naturaleza o calidad de la referencia tomada en consideración. Más adelante veremos cómo el desconocimiento de estas condiciones conduce a especulaciones que, lejos de enriquecer a la Arqueología Teórica, entronan la sagacidad intelectual y la capacidad de respuesta de algunos arqueólogos. Me refiero al colorido metafórico que imprimen a sus comentarios Klejn y Leone.

Las respuestas del autor indican la preocupación del mismo por dar al lector una noción clara de lo que significa para él todo proceso viviente: «My task included providing the reader a notion of the whole living process, its major trends, new ideas, controversies, contradictions, and pitfalls» (CA, 19: 164), arguyendo que es por falta de espacio que no define términos teóricos según los cuales se harían evidentes los recursos con los que explica su «Panorama».

Respecto al origen de la Arqueología Teórica, la disyuntiva que plantea Klejn (CA, 21: 522) se refiere al estado de conocimiento en que se encuentra la Antropología en general, la cual, según yo creo, parece condenada a aceptar la coexistencia de distintos tipos de desarrollos, que se mantienen en algo así como un equilibrio de fuerzas. La «casa» construida como él dice, por el esfuerzo de muchos arqueólogos:

«... Mortillet, Montelius, Childe, Breuil, Clark, Taylor...» (CA, 21: 522), es en todo caso una modalidad que aún subsiste o coexiste: hacer énfasis o poner el acento en los resultados, descuidando en muchos casos los procedimientos según los cuales dichas interpretaciones quedaban plenamente justificadas. «The top floor» (CA, 21: 522), del que se ocupó y se ocupa la *New Archaeology*, es en ocasiones una construcción en la que no se fundamentan totalmente los resultados y en la que el despliegue técnico parece ser el objetivo último de la investigación, me refiero concretamente a los controles abusivos de los aspectos teóricos y técnicos de un procedimiento, *suponiendo* que el uso de los mismos permite adscribirle a la Arqueología el estado de ciencia positiva. Si Klejn hiciese un estudio retrospectivo del estado general de las Ciencias Naturales y del Hombre, seguramente estaría de acuerdo en aceptar que ambas están estrechamente interrelacionadas; siendo las primeras las que condicionaron y condicionan la situación actual de nuestro quehacer, tal como lo señala Schiffer (Schiffer, M., 1981).

Me parece, por tanto, mucho más oportuno vincular los problemas que plantea la Arqueología Teórica con las condiciones de un ciclo científico cualquiera, que tratar de explicar éstos como condición exclusiva del desarrollo de la Prehistoria (CA, 21: 522).

No termino de entender en la crítica que Klejn realiza a Brentjes (CA, 21: 522-24) qué aspectos de la obra de éste toma en consideración, es decir: ¿la intención es validar una referencia teórica discursiva (la que no hace referencia a la materia prima de la cual se origina)? o ¿pretende sentar las bases del modo según el cual debemos apropiarnos de un legado histórico, cuyas condiciones son las que derivan de la materia? Indudablemente, el problema terminológico que se suscita entre ambos, respecto de los estadios, es un buen ejemplo de la *inadecuación* existente entre *hecho o hechos percibidos, proposiciones relativas a dicho material, estrategia de observación y adquisición, designación y desarrollo discursivo* del mismo; siendo este último punto la única referencia a partir de la cual se pueden fijar los límites de la Arqueología, tanto en sus aspectos prácticos como teóricos. El camino inverso nos llevaría necesariamente a aceptar como válidos «los miembros» que componen una «clase lógica» como la que propone Klejn (CA, 18: 1-42).

Su artículo por momentos parece considerar a los arqueólogos, en particular Brentjes, «como si fuese un rasgo de esos que codificamos cuando describimos un objeto arqueológico». Algo así como el borde o labio de una urna cuyo cuello se compone de Binford y Clarke, y en cuya base se apoyan Ravdonikas, Artsikhovsky, Kiselev, etc. Es lamentable que Klejn, quien parece conocer los requisitos del análisis descriptivo (CA, 19: 163), no defina en ningún momento el *valor descriptivo* de este rasgo en extensión y en comprensión, tal como de alguna manera se lo sugiere en su respuesta Leone (CA, 19: 664-65).

¿No hubiese sido mejor reconocer en cada caso, al menos sumariamente, esos dos aspectos del quehacer arqueológico que podríamos agrupar como el discurso y la materia, y a partir de esto entender el porqué de una determinada adscripción epistemológica, ideológica o política? Pienso que esto podría considerarse en la encuesta que a principio de su artículo propone Klejn (CA, 21: 521).

No llego a ver en qué se diferencia el «análisis de contenido» del método según el cual el autor del «Panorama» llevó a cabo su aproximación crítica a los textos. Creo que Klejn debe tener una idea clara de lo difícil que resulta llegar a un acuerdo en lo que se entiende por análisis de contenido y la cantidad de acepciones con las que una vez definido el término podríamos operar. Yo no pienso que el mismo, en tanto haga alusión a un proyecto logicista (cuya referencia es una lógica natural, no de cálculo de proposiciones), empobrezca, decolore y seque la vida real pensante: «Content analysis is good in its place. The defining of 'theoretical elements', etc., may help one in solving some particular problems, but they impoverish, decolourize, and dry up real live thinking, which is of course more indeterminate and vague but simultaneously richer and more colourful than any formal schemes designed to represent it» (CA, 19: 163-64). Posiblemente esto se deba a que al escribirlo tuvo en mente un público selecto y un grupo de iniciados (el que supuestamente tenía acceso a la teoría), ya que en todo el artículo habla de lo que dicen, pero en muy pocos casos de cómo lo hacen, por qué lo hacen, cómo lo dicen y en qué lo inscriben. Tal vez hubiese sido mejor (aunque a veces el inconsciente nos traiciona) tomar como interlocutores válidos a *aquellos que pretenden saber «por qué» adjudicamos a determinados discursos* valor teórico e histórico social, me refiero concretamente a la posibilidad que todo escrito arqueológico, su último artículo del *Current* y este mío, sean lo suficientemente descriptivos como para que el lector pueda llegar a elaborar un juicio crítico a través de una cadena de razonamiento: «Aunque esto implique *replantear* la forma en que se presentan los escritos arqueológicos!» (Gardin, 1975, p. 25).

Teniendo en cuenta la respuesta de Klejn a Leone, considero que no es lo mismo explicar un hecho viviente que inferir sin emisor alguno el comportamiento social de un grupo hoy inexistente (del cual sólo tenemos aspectos parciales de la cultura material). Por lo tanto, las opciones son pocas: o aceptamos sin modificación alguna que los sistemas terminológicos son en Arqueología tan exactos que nos permiten siempre que tal condición (o resto), reconstruir tal comportamiento; o dejamos de lado la comparación propuesta por Klejn.

Si bien acepto con el autor que «los textos son realidad», «los artefactos son realidad» y «las relaciones cuantitativas basadas en la estadística también lo son», creo que es evidente que se trata de aspectos

diferentes de la realidad, cuya cualidad, en tanto datos, es desde todo punto de vista distinta. Por ello, tanto su tratamiento como su referencia están condicionados por las cualidades que presentan. De ahí que a un artefacto podamos transformarlo en texto según: *a*) un sistema terminológico, y *b*) un conjunto de referencias descriptivas (que pueden o no responder a las exigencias del conocimiento científico general). Este material arqueológico tomado como referencia, y transformado en un conjunto de proposiciones, nos permite luego, según un cierto número de operaciones elementales, hacer un tratamiento cuantitativo del mismo. Sería algo así como buscar, en un paso posterior a la adquisición del material, las fórmulas de cálculo capaces de engendrar a partir de proposiciones primeras (ligadas a la percepción), las proposiciones terminales de una teoría verificable, como lo expreso en mis trabajos (Lahitte, 1970, 1979 y 1981 —los tres en castellano—). Si supusiésemos entonces que estas tres realidades tienen una existencia común, elaborada según el análisis lógico de las propiedades semánticas y sintácticas del lenguaje, estaríamos entonces en condiciones de justificar la comparación de Klejn.

Como bien dice el autor: «... Texts are more than paper and letters there are ideas in them...» (CA, 21: 525) (y sin entrar a discutir si la realidad es la idea que del texto tenemos), ahora, el que vivan o no en la ciencia me parece un dibujo literario que poco o nada tiene que ver con la aportación del autor. Quiero decir «pueden vivir en la ciencia», pero mal, ya que para que puedan otorgarle a ésta *sentido y significación* deben como condición responder a las exigencias de un «ciclo científico cualquiera», el cual se expresa con claridad en Nagel y Salmon (Nagel, 1961; Salmon, 1975, 1976).

Es también que podemos, «to reconstruct them from the texts» (CA, 21: 525), reconstruir a partir de los textos, pero como en toda reconstrucción, repito, es necesario definir explícitamente: 1) las condiciones de búsqueda, y 2) las formas racionales según las cuales somos capaces de acceder a una *interpretación*. En otras palabras, distinguir procedimientos formales objetivos, según unidades descriptivas que permitan identificar lo que consideramos partes o elementos de un segmento del texto. Creo que esto es lo que Klejn no hace al intentar responder al comentario de Leone. Dichas *partes o elementos* pueden ser *a posteriori* interpretados, dejando de ser, la interpretación, un producto subjetivo, para ser reconocida como una realización heurística, en tanto búsqueda de sentido. Este procedimiento sería incompleto si no intentara dar un fundamento retrospectivo a la explicación ya establecida. Así, contrariamente a lo que Klejn cree (CA, 19: 163), lejos de hacer descolorida la realidad a través de un formalismo cualquiera, podemos explicarla según un proyecto teórico, que poco tiene que ver

con el cálculo proposicional y *mucho con una arquitectura lógica natural*.

Por lo tanto, dos cuestiones surgen de lo antedicho:

1. Que no todo texto es construido según las condiciones expuestas, aunque su intención sea la de transmitir ideas.
2. No todo investigador, en caso de conocerlas, las tiene en cuenta en su intento de sacar a luz las mismas.

Parafraseando a Klejn (CA, 21: 524), corroboramos esta inadecuación al constatar que tanto él como Leone estaban equivocados. Por un lado, el creador del texto no sintió explícitamente las condiciones para que quien lo leyera, en este caso Leone, reconociera en toda su dimensión el contenido de sus ideas. Leone, por su parte, al descartar el valor del texto, dejó de lado las condiciones analíticas necesarias para justificar su negación. (¿Este es el colorido al que se refiere Klejn?)

Aunque no es mi intención arbitrar la discusión entre ambos, sí puedo señalar que no se trata de encontrar el *error* en la conexión de ideas representadas por Klejn, sino más bien, como se hace evidente en el artículo, la *ausencia* de las cadenas de razonamiento con las que establece dichas relaciones (aunque éstas no respondan más que a una lógica natural). La inadecuación textual se da como consecuencia de la incapacidad de representar con un discurso coherente (energético, descriptivo o científico) aspectos referidos a la materia, que como en otras situaciones exigen un sistema de compatibilidades, expresado según:

«... El análisis logicista intenta expresar bajo la forma de cadenas de operaciones explícitamente definidas los razonamientos que subtienden las construcciones de la Arqueología» (Gardin, 1979, p. 37).

Para terminar, y sólo a modo de sugerencia, creo que Klejn estará de acuerdo conmigo en el hecho de que, se trate de la Arqueología que se trate, «nueva» o «vieja», «americana» o «europea», las condiciones propuestas anteriormente son, en el estado de conocimiento en que nos hallamos, indispensables: la *eficacia*, como condición para que una construcción sea verdadera en tanto los hechos empíricos la verifican,

la *racionalidad*, según la cual se pueden hacer evidentes los mecanismos mediante los cuales se establecen articulaciones entre la observación y la teoría, según encadenamientos completos, coherentes, de una construcción arqueológica a otra. (¡Si esto es neopositivismo, bienvenido sea!) (CA, 19: 163.)

Si, como dice Gardin, la Arqueología Teórica se define como «el estudio de la arquitectura de las construcciones de la Arqueología» (o de las Arqueologías Prácticas), coincido con él (Gardin, 1979, p. 212) en que el uso que Klejn acuerda al término tiene más que ver con lo que podríamos denominar problemas de «Arqueología General» que de Arqueología Teórica.

BIBLIOGRAFIA

- ALLARD, M.; ELZIERE, M.; GARDIN, J.-C., y HOURS, F.:
 1963 *L'analyse conceptuelle du Coran, sur cartes perforées*. Mouton, La Haya y París.
- BAR HILLEL, Y.:
 1970 *Aspects of language. Essays and lectures on philosophy of language, linguistic philosophy, and methodology of linguistics*. North Holland, Amsterdam.
- BENZECRI, J. P., ed.:
 1973 *L'Analyse des données*, 2 vols. (I: *La Taxonomie*; II: *L'Analyse des correspondances*). Dunod, París.
- BINFORD, L. R.:
 1962 «Archaeology as anthropology». *American Antiquity*, 28, pp. 217-225.
 1972 *An Archaeological Perspective*. Aldine Publishing Co., Chicago.
- CHIANG, K. C.:
 1967a *Rethinking archaeology*. Random House, Nueva York.
- CHENHALL, R. G.:
 1971 «The archaeological data bank: a progress report». *Computers and the Humanities*, 5, pp. 159-169.
- CHILDE, V. G.:
 1956 *Piecing together the past. The interpretation of archaeological data*. Routledge and Kegan Paul, Londres.
- CLARKE, D. L.:
 1968 *Analytical Archaeology*. Methuen, Londres.
 1972 *Models in archaeology*. Methuen, Londres.
- COWGILL, G. L.:
 1977 «The trouble with significance tests and what we can do about it». *American Antiquity*, 42, pp. 350-368.
- DEETZ, J.:
 1967 *Invitation to Archaeology*. The Natural History Press, Garden City, Nueva York.
- DORAN, J. E., y HODSON, F. R.:
 1975 *Mathematics and computers in archaeology*. Edinburgh University Press, Edimburgo.
- FLANNERY, K. V.:
 1973 «Archaeology with a capital S». En Redman, Cr., ed., *Research and Theory in Current Archaeology*. John Wiley, Nueva York, pp. 47-53.

- FRITZ, J. M., y PLOG, F. T.:
 1970 «The nature of archaeological explanation». *American Antiquity*, 35, páginas 405-412.
- GARDIN, J. C.:
 1969 «Semantic analysis procedures in the sciences of man». *Social Science Information*, 8, pp. 17-42.
 1972a *L'Informatique et l'Inventaire Général. L'informatique appliquée a la réalisation de l'Inventaire Général des Monuments et des Richesses Artistiques de la France* (con la colaboración de M.-T. Baudry, E. Choraqui, etc.). Ministère des Affaires Culturelles, París.
 1973 «Document analysis and linguistic theory». *Journal of Documentation*, 29, pp. 137-168.
 1974a *Les analyses du discours*. Collection Zethos. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel y París.
 1974b «Les projets de banques de données archéologiques: problèmes méthodologiques, technologiques et institutionnels». En Borillo, M., y Gardin, J.-C., eds., *Les Banques de données archéologiques*. Editions du CNRS, París, pp. 15-16.
- GARDIN, J.-C.:
 1979 *Une archéologie théorique*. Hachette Littérature.
- GARDIN, J.-C., y GARELLI, P.:
 1961 «Étude des établissements assyriens en Cappadoce, par ordinateur». *Annales*, sept.-oct. 1961, pp. 837-876.
- GARDIN, J.-C., y LAGRANGE, M.-S.:
 1975 *Essais d'analyse du discours archéologique*. Notes et monographies techniques, núm. 7. Centre de Recherches Archéologiques, CNRS.
- GOODENOUGH, W. H.:
 1970 *Description and comparison in cultural anthropology*. Aldine Publishing Co., Chicago.
- HYMES, D.:
 1970 «Linguistic models in archaeology». En Gardin, J.-C., ed., *Archéologie et Calculateurs*. Editions du CNRS, París, pp. 91-118.
- KLEJN, L. S.:
 1977 «A Panorama of Theoretical Archaeology». *Current Anthropology*, 18, pp. 1-42.
- KUHN, T.:
 1970 *The structure of scientific revolution*, ed. revisada. University of Chicago Press, Chicago.
- LAGRANGE, M.-S.:
 1973 *Analyse sémiologique et histoire de l'art. Examen critique d'une classification*. Klincksieck, París.
- LAGRANGE, M.-S., y BONNET, C.:
 1978 *Les chemins de la Memoria: nouvel essai d'analyse de discours archéologique*. Centre de Recherches Archéologiques, CNRS (Sophia Antipolis, Valbonne 06560, France).
- LAHITTE, H. B.:
 1970 «Arte y Arqueología: El análisis documental sobre piezas de la Cultura Santamariana». *Monografías*, núm. 5, Museo Etnográfico Municipal «Dámaso Arce» e Instituto de Investigaciones Antropológicas. Olavarría, Argentina.
 1971 *Hacia la integración de las Ciencias del Hombre* (tesis doctoral). Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Argentina.
 1980a «El análisis descriptivo: su funcionamiento». *Cuadernos LARDA*, núm. 4, La Plata, Argentina.

- 1980b «Principios generales y elementos para la construcción de una Teoría General de los Códigos». *Cuadernos LARDA*, núm. 5, La Plata, Argentina.
- LAHITTE, H. B.; RAFFINO, R., y CALANDRA, H.:
1979 «Arquitectura Arqueológica. Código para el análisis de los datos». *Cuadernos LARDA*, núm. 3, La Plata, 1979.
- LAHITTE, H. B.; BERBERIAN, E., y CALANDRA, H.:
1981 «Misión Científica Tafi del Valle». *Cuadernos LARDA*, núm. 9, ed. Ramos Sudamericana, La Plata, Argentina.
- LÉVI-STRAUSS, C.:
1958 *Anthropologie structurale*. Plon, París.
- LONGACRE, W. A.:
1970 «Archaeology as anthropology: a case study». *Anthropological Papers of the University of Arizona*, núm. 17. University of Arizona Press, Tucson.
- MALINA, J.:
1975 *Archeologie: Jak a proč? (Archaeology: and why?)*. Regional Museum, Mikulov, and Socialist Academy CSR, Breclav.
- MATTESSICH, R.:
1978 *Instrumental reasoning and systems methodology-an epistemology of the applied and social sciences*. D. Reidel Publishing Co., Dordrecht y Boston.
- MOBERG, C.-A.:
1969 *Introduktion till Arkeologi*. Carl-Axel Moberg and Bokforlaget Natur och kultur, Estocolmo.
1981 *Similar Finds similar Interpretations? Glatonbury-Gothenburg-Gotland*. Nine Essays. Ed. Carl-Axel Moberg. University of Gothenburg, Department of Archaeology. Suecia.
- NAGEL, E.:
1961 *The structure of science*. Harcourt, Brace & World, Nueva York.
- POPPER, K.:
1957 *The poverty of historicism*. Routledge and Kegan Paul, Londres.
- SALMON, M. H.:
1975 «Confirmation and Explanation in Archaeology». *American Antiquity*, 40, pp. 459-470.
1976 «Deductive versus Inductive Archaeology». *American Antiquity*, 41, páginas 376-380.
- SCHIFFER, M. B.:
1972 «Archaeological Context and Systemic Context». *American Antiquity*, 37, pp. 156-165.
- SCHIFFER, M. B., ed.:
1980 *Advances in archaeological method and theory* (vol. 3). Academic Press, Nueva York.
- SCHIFFER, M. B.:
1981 «Some Issues in the Philosophy of Archaeology». *American Antiquity*, 46, pp. 899-908.
- STEWART, J.:
1955 *Theory of culture change: the methodology of multilineal evolution*. University of Illinois Press, Urbana.
- TRIGGER, B.:
1974 «The archaeology of government». *World Archaeology*, 6, pp. 95-106.
1978 «No more from another planet». *Antiquity*, 52, pp. 193-198.
- WATSON, R.:
1972 «The 'new archaeology' of the 1960s». *Antiquity*, 46, pp. 210-215.
- WATSON, P. J.; LE BLANC, S. A., y REDMAN, C. L.:
1971 *Explanation in archaeology: an explicit scientific approach*. Columbia University Press, Nueva York.

WILLEY, G. R.:

1953 Prehistoric Settlement Patterns in the Viru Valley, Bulletin 155, Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington D. C.

QUINCE AÑOS DE TRABAJO DE LA MISIÓN CIENTÍFICA ESPAÑOLA EN HISPANOAMÉRICA

Con ocasión de cumplirse en estas fechas quince años desde que dieron comienzo los trabajos de la Misión Científica Española en Hispanoamérica, consideramos que es tal vez un buen momento para detenerse a reflexionar sobre el significado y el valor de dichos trabajos. No se va a tratar aquí de dar una visión exhaustiva y detallada de las diferentes etapas de investigación de cada proyecto, ni de revisar prolijamente la bibliografía publicada al respecto, ni tampoco de recordar a todas y cada una de las personas que han aportado en cada caso su esfuerzo y su trabajo; tampoco pretendemos mencionar la totalidad de las entidades que con la aportación de sus fondos han permitido el desarrollo y, en primera instancia, la existencia de la Misión. Todos temas han sido recogidos con todo detalle por Ciudad Ruiz (1982) en el número 10 del *Índice Cultural Español*, publicado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, y también en diversas notas e informaciones en los diversos números de esta misma revista.

Aquí se trata más bien de repasar someramente los distintos proyectos en conjunto, intentando, de alguna manera, valorar en lo posible sus resultados.

De todas maneras, justo es comenzar por la mención del organismo que permitió la existencia de la Misión, la Comisión Española para el Estudio y Conservación del Patrimonio Artístico y Cultural de Hispanoamérica y Filipinas (hoy Comisión de Protección de Monumentos, creada por iniciativa del embajador D. Alfonso de la Serna dentro de su Dirección General de Relaciones Culturales en el Ministerio de Asuntos Exteriores, una vez finalizados los compromisos contraídos por España con la UNESCO).

Entre otros organismos y entidades que han permitido la existencia de la Misión, debemos también mencionar al Instituto de Cooperación Iberoamericana (antes Instituto de Cultura Hispánica), el Ministerio de Educación y Ciencia, a través del Programa de Cooperación Internacional con Iberoamérica, o el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El primer proyecto realizado por la Misión Científica Española en Hispanoamérica tuvo lugar en Perú, en la comunidad andina de Chinchero, cercana a Cuzco. La elección del sitio venía determinada, en primer lugar, por la existencia de una serie de ruinas incaicas, que una

vez excavadas, limpiadas y consolidadas pudieran atraer el interés turístico hacia la zona. Estos intereses concretos se reflejaban por lo menos en los diversos convenios firmados con el Gobierno peruano. Desde un punto de vista científico, el lugar elegido permitía el estudio de una comunidad mestiza con restos arqueológicos, de arte colonial y población actual indígena, algo que ha venido siendo una constante en los estudios de la Misión, la interdisciplinareidad.

En esta ocasión el procedimiento de estudio elegido fue más bien multidisciplinario, ya que los diversos participantes en la investigación, provenientes de varias disciplinas, abordaron independientemente el estudio de sus campos respectivos, aunque existía intercomunicación entre todos ellos.

El Dr. Manuel Ballesteros Gaibrois, el promotor de la Misión Científica Española en Hispanoamérica, fue el director general del proyecto de Chinchero y también el encargado de la parte histórica. El equipo antropológico estuvo dirigido por el Dr. Claudio Esteva Fabregat, de la Universidad de Barcelona, y el arqueológico por el Dr. José Alcina Franch, de la Universidad Complutense. El Dr. Enrique Marco Dorta, también de la Universidad Complutense, se ocupó de los aspectos artísticos del período colonial.

Desde una perspectiva arqueológica, las tres temporadas de excavaciones, de 1968 a 1970, revelaron un típico asentamiento urbano incaico de mediados del siglo xv, con huellas de posterior incendio y destrucción, y aún más tarde utilizado como cantera de material de construcción en época colonial. Tal vez de mayor interés arqueológico-cultural fue el hallazgo de la existencia de una población anterior, reflejada en la cerámica killke, lo que permitió el análisis de las relaciones de esta residencia imperial con el entorno rural, que al ser anexionada por los incas, pasaron a engrosar el campesinado dependiente de las necesidades de la élite cuzqueña.

Estos resultados coincidían claramente con la investigación de los archivos locales y de la Universidad de Cuzco, a través de los cuales se determinó que la zona estuvo ocupada por pueblos ayamarcas, dominados posteriormente por los incas en la formación de un primer territorio en torno a Cuzco. A fines del siglo xv, el inca Tupac Yupanqui escoge el sitio como lugar de retiro, construyendo los grandes palacios y las enormes andenerías de cultivo, puestos a la luz por los trabajos de campo. En el momento del enfrentamiento de Huascar y Atau-Huallpa los palacios son abandonados y Manco II, en su huida del Cuzco, pasó por allí, incendiándolos.

El pueblo de Chinchero gozó de cierta prosperidad durante los siglos xvi y xvii. La iglesia parroquial se terminó en 1607 y en el xviii destaca la figura de Mateo Pumacchua, brigadier sublevado contra la corona española, hecho que le costó la vida.

Los estudios antropológicos trataron de analizar la organización sociopolítica de los diferentes *ayllus* de Chinchero, organización característica de origen incaico que ha ido evolucionando hasta convertirse en una comunidad de vecinos de cooperación social y política que gobierna sus asuntos internos. Se realizaron también estudios sobre el presupuesto y el consumo familiares, la educación infantil, la reforma agraria y la personalidad básica de los chincheros en cada uno de los once *ayllus* que comprende actualmente la comunidad de Chinchero. Se investigó también el patrón de vida de la mujer chinchero, el sistema agrícola y la producción comercial de la zona, que pusieron de manifiesto la importancia de Chinchero como núcleo de concentración comercial de la zona.

Los diversos trabajos, debido al interés manifestado por el Gobierno peruano, se completaron con una serie de obras de restauración, tanto en zona arqueológica como colonial, y con la fundación de un Museo de Sitio y un Museo Histórico.

Desde una perspectiva histórica y analizados en conjunto, tenemos que reconocer los méritos de este primer proyecto de la Misión Española.

Debemos destacar, en primer lugar, su carácter de pionero, lo que significó que por primera vez, y desde el siglo XIX, se montase una Misión Científica en Hispanoamérica con todo lo que ello conllevaba, recuperando así la perdida tradición americanista española y constituyendo la primera brecha que abriría camino por toda una serie de proyectos diversos posteriormente.

Su carácter de multidisciplinareidad, ya que desde sus comienzos, aunque con resultados desiguales, la Misión Española ha intentado siempre la investigación desde los diversos campos de las ciencias sociales: como la arqueología, la etnohistoria, la antropología cultural, etcétera. Fue precisamente el estudio un tanto desperdigado desde la perspectiva de todas estas disciplinas la base para que en proyectos posteriores se contemplara la necesidad de una colaboración mucho más estrecha y directa entre ellas.

Fue también y sobre todo una excelente escuela para la formación en el campo de una serie de jóvenes arqueólogos, antropólogos y estudiantes en general que, posteriormente, y con la base de la formación en Chinchero, nos hemos ido incorporando de muy diversas maneras a los distintos proyectos posteriores.

Contemplando resultados más concretos y desde el punto de vista de la arqueología, presenciábamos también por primera vez el intento de realización de una arqueología «científica», con la incorporación, más plenamente en proyectos ulteriores, de técnicas de análisis, tales como la difracción de rayos X y la microscopía electrónica aplicada al estudio de cerámica, sobre la que Galván y Sánchez Montañés publicaron

un informe en las *Actas del XL Congreso Internazionale degli Americanisti*, vol. 2, pp. 99-140, Génova, 1974, o la recogida de muestras para el análisis palinológico.

De los diversos volúmenes que debían recoger las Memorias de la Misión Científica Española en iHspanoamérica, solamente han visto la luz hasta la fecha dos de ellos. El volumen II, *Arqueología de Chinchero I: La Arquitectura*, de Alcina, y el volumen III, *Arqueología de Chinchero 2: Cerámica y otros materiales*, de Alcina y otros autores, ambos publicados en 1976 por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Por otra parte, se han ido publicando informes preliminares y resultados parciales, sobre todo en esta misma *Revista Española de Antropología Americana*: Alcina publica en 1970 los resultados preliminares de las campañas de 1968 y 1969, o Rivera Dorado: «La cerámica Killke a la arqueología de Cuzco (Perú)», en 1971, vol. 6. En otras publicaciones, como en la *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*, de Santo Domingo, aparece en 1972, en el número 2, otro trabajo de Rivera Dorado sobre «La cerámica de Cancha-cancha». Los congresos internacionales de americanistas también han sido aprovechados como vehículo de información del proyecto, sobre todo las *Actas y Memorias del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*, de Lima, donde Alcina informa sobre «El sistema urbanístico de Chinchero», vol. 3, páginas 124-134, o Rivera Dorado sobre los «Diseños decorativos de la cerámica killke», vol. 3, pp. 106-115, Lima, 1971. Tampoco se han descuidado los aspectos de la divulgación, que contribuyen a informar a un público numeroso de las realizaciones de los investigadores españoles en América, destacando en este aspecto el Dr. Alcina Franch, sobre todo a través de la revista *Mundo Hispánico* («Chinchero: urbanismo y ruralismo», núm. 312, pp. 18-21) e *Historia 16* («Chinchero, Versalles Incaico», núm. 34, pp. 120-127, Madrid).

A falta de un volumen de las Memorias dedicado a los estudios antropológicos, sí se han publicado una serie de artículos relativos a los aspectos mencionados anteriormente en el terreno de la antropología. «Movilidad social interactiva y elección-uso de la lengua en una comunidad bilingüe» y «Aculturación, bilingüismo y cognición en Chinchero», por M.^a Jesús Buxó, en la revista *Ethnica*, números 6 y 8, en 1973 y 1974, respectivamente; o los trabajos de Esteva Fabregat, como «Medicina tradicional, curanderismo y brujería en Chinchero» para el *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XVII: 19-60, Sevilla, 1970, o «Algunas funciones y relaciones del compadrazgo y del matrimonio en Chinchero», en *Universitas*, núms. 6-7, pp. 55-90, San Salvador, y también: minka y faena en Chinchero, Cuzco» para la *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 7: 2, pp. 309-407, Madrid, 1972, y por último, «Notas para una teoría del campesinado andino en función del Estado», publicado en *Ethnica*, núm. 15, pp. 26-27, Barcelona, 1979.

Tal vez se eche de menos entre los antropólogos ese intento divulgador, hasta cierto punto necesario, para que la antropología deje de ser considerada como algo reservado exclusivamente para iniciados.

Es en el campo de los estudios históricos donde estamos todavía a la espera de la publicación de la mayor parte de los resultados de las investigaciones, ya que hasta ahora se han limitado a informes muy limitados (Ballesteros: «Sommersitze des Inkas in Chinchero, Perú entdeckt?», *Umschan in Wissenschaft und Technik*. Helf 21, Frankfurt, de 1969, o la *Sencilla Historia de Chinchero*, 16 pp., publicada en Cuzco en 1971).

Por otra parte, el estudio del arte colonial se vio interrumpido con el fallecimiento del Dr. Marco Dorta. Esperamos, sin embargo, que alguno de sus colaboradores o discípulos retome la investigación, ya que las obras existentes, fundamentalmente en la iglesia parroquial, son dignas de un estudio detenido.

De 1970 a 1975, la Misión Española se trasladó a Ecuador, donde, bajo la dirección del Dr. Alcina Franch, se planeó una investigación de carácter interdisciplinario y regional en la costa de la provincia de Esmeraldas.

Ya no se trataba de un único yacimiento con unos intereses muy concretos, como ocurría en el caso de Chinchero, sino de trabajar en una zona relativamente extensa, por lo que el «Proyecto Esmeraldas» se enfocó como un estudio en área atendiendo a tres variables distintas, temporal, espacial y ecológica.

La investigación tendría básicamente un carácter arqueológico, pero requiriendo también de investigaciones auxiliares en el terreno de la etnología, la etnohistoria y la lingüística, y contando asimismo con la cooperación de geólogos, edafólogos, zoólogos, botánicos, geógrafos, todos ellos encargados fundamentalmente de responder a las preguntas que se les hicieran desde el punto de vista de la arqueología.

La zona objeto de estudio, la costa norte de la noroesteña provincia de Esmeraldas, constituía una relativa laguna en el panorama de la arqueología ecuatoriana, por lo que en última instancia se pretendía fijar una trama cronológica en la que se desarrollaron las culturas indígenas de esa región, y determinar la existencia y características de esas mismas culturas. Para ello se trataría de explorar sistemáticamente el territorio elegido con el fin de localizar el mayor número posible de yacimientos que permitieran obtener una secuencia cultural lo más completa y variada posible.

Se abordó también la localización de una serie de zonas ambientalmente diferentes que pudiesen determinar procesos adaptativos distintos por parte de los asentamientos humanos prehispánicos. En este sentido, se hizo un estudio en profundidad del medio ambiente, un ecosistema de tipo tropical, encontrándose diversos modelos de evolución

sociocultural, desde niveles relativamente complejos, con la presencia de un aparente urbanismo, como es el caso de Atacames, asentamientos de gran especialización sociorreligiosa, La Tolita, o agrupaciones mucho más simples, de pescadores-recolectores.

Tuvo también gran importancia el estudio de las relaciones histórico-culturales de la zona con otras áreas, incluyendo otras regiones ecuatorianas, la costa de Perú e incluso Mesoamérica.

El abordar el estudio de este complejo panorama hizo necesaria la existencia de seis campañas sobre el campo, dedicadas algunas íntegramente a la exploración (en 1970) o con gran incidencia en ella (1971 y 1972), campañas únicamente de trabajo etnológico donde también se hizo un amplio recorrido aéreo y numerosas fotografías (1973), o temporadas de gran intensidad en los trabajos de excavación cuando el objetivo eran los yacimientos de mayor complejidad (1974 y 1975).

Dadas las características del proyecto mencionadas, y la especialización en los diversos campos de interés, se precisó de un gran número de colaboradores, llegándose a contar más de veinte personas investigando en los diversos aspectos.

Desde un punto de vista general, la extensión del proyecto permitió la especialización de sus miembros según sus intereses particulares, lo que de paso posibilitó una mayor riqueza y variedad de enfoques encaminados a la obtención de conclusiones relativas al panorama cultural de la zona objeto de estudio.

En este sentido es el Dr. Alcina Franch quien se ha ocupado de los aspectos más generales e integradores del proyecto, que ya se han visto reflejados con la publicación del volumen 1 de las Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador: *La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador), introducción general*, publicado en 1979 por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

De particular importancia por lo que se refiere a las características del proyecto, es el estudio de patrones de asentamiento llevado a cabo por la Dra. Guinea, objeto del volumen 8 de las Memorias: *Patrones de asentamiento en la arqueología de Esmeraldas*, en prensa en la actualidad.

El estudio del arte prehispánico, y concretamente el de las figurillas esmeraldeñas, uno de los rasgos más abundantes y característicos de la zona, han permitido también una serie de inferencias de importancia en el orden cultural que se han recogido, además de en una serie de artículos y comunicaciones a congresos, en el volumen 7 de la serie, *Las figurillas de Esmeraldas: Tipología y función*, publicado en 1981.

El tema de las relaciones culturales con otras áreas ha sido tratado por Rivera Dorado en diversos artículos y comunicaciones a congresos y simposios: «Hipótesis sobre relaciones entre Hispanoamérica y el área andina septentrional», *Revista Española de Antropología Ameri-*

cana, vol. 7: 2, pp. 19-31, Madrid, 1972; «Algunos rasgos mesoamericanos en la costa de Esmeraldas», *I Simposio de Correlaciones Andino-mesoamericanas*, Guayaquil, 1974.

En cuanto a la publicación de los restantes volúmenes que componen la serie de las Memorias de la Misión Arqueológica Española en Ecuador, se encuentra actualmente en prensa el volumen 4, dedicado a *La Cultura Tiaone*, y esperamos la pronta aparición del volumen dedicado a la Cultura Tachina, a cargo del profesor López y Sebastián; el de la Cultura Atacames, de la profesora Barriuso; la Cultura Balao, de D. Luis Usera, y el de Etnohistoria de la provincia de Esmeraldas, del Dr. Alcina Franch.

Precisamente en el campo de la etnohistoria se han publicado ya algunos avances, a cargo de Alcina, Moreno y De la Peña: «Penetración española en Esmeraldas, Ecuador: Tipología del descubrimiento», en la *Revista de Indias*, núms. 143-144, Madrid, 1976, o «Etnias y culturas en el área de Esmeraldas durante el período colonial español» para el *I Congreso Nacional de Antropología*, Barcelona, 1977.

En el campo de los estudios antropológicos esperamos con interés la posibilidad de la aparición de un volumen de la serie dedicado a los indios Cayapas, grupo sobre el que se centraron preferentemente las investigaciones, ya que hasta el momento solamente han aparecido comunicaciones a congresos: «Alimentación y sistema de subsistencia cayapa» para el *XLII Congreso Internacional de Americanistas*, volumen IX-A, París, 1979, de Yedra Elena Maestro, o «Ecología y sociedad de los Cayapas de Esmeraldas» para el mismo Congreso y en el mismo volumen, a cargo de Isidoro Moreno.

En el campo de la lingüística, Enrique Bernárdez ha publicado la «Lingüística de Esmeraldas: relaciones diacrónicas y sincrónicas», también en el Congreso de París de 1979.

Como un aspecto muy positivo durante el desarrollo del proyecto debemos mencionar la recogida sistemática de todos los artículos, informes o comunicaciones que se iban produciendo por los miembros de la Misión que, junto con textos para la Etnohistoria de Esmeraldas y una compilación de bibliografía, fueron recogidos en los *Trabajos preparatorios* de la Misión, que en cuatro volúmenes, publicados desde 1974 a 1976 por el Departamento de Antropología y Etnología de América de la Universidad Complutense, ponía rápidamente al alcance de cualquier miembro de la Misión, de los estudiantes o de cualquier persona interesada, todo lo publicado al respecto, permitiendo además un intercambio de ideas entre todos los investigadores.

Los resultados claramente positivos que se estaban obteniendo en las excavaciones de Esmeraldas, hizo que el Gobierno ecuatoriano solicitara la ayuda de la Misión Española para la excavación del yacimiento de Ingapirca, en el valle de Cañar, en la sierra sur. Al tratarse de

una excavación de menor complejidad que la de la costa, se planeó una investigación de carácter puramente arqueológico, que en dos temporadas, 1974 y 1975, sacó a la luz un asentamiento disperso de grupos de cultura Cañar en torno a una serie de edificios centrales de claro significado religioso. De los tres diferentes grupos que se excavaron, uno de ellos es claramente atribuible a la cultura incaica, revelándose la zona como altamente estratégica y comercial.

Estos trabajos marcaron en realidad el comienzo de la excavación intensiva del sitio, ya que una vez puesto en marcha el proyecto, éste pasó a manos de investigadores ecuatorianos, constituyendo la Misión Española una escuela de formación para los mismos.

Hasta el momento se ha publicado en Quito el volumen 1 de las Memorias de una Misión Científica Española en el Ecuador, el relativo a *Los indios cañaris de la sierra sur del Ecuador*, obra del Dr. Alcina Franch, en 1981. Los aspectos arquitectónicos del sitio han sido tratados también por Alcina: «Inga Pirca: arquitectura y áreas de asentamiento», en la *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 8, Madrid, 1978; los aspectos funerarios por Cobo y Fresco: «Primeras consideraciones acerca de unas tumbas de Ingapirca, Ecuador», en las *Actas del I Congreso Español de Antropología*, vol. 2, Barcelona, 1980. También se han publicado informes preliminares sobre resultados generales («Arqueología de Ingapirca, Ecuador: Informe preliminar», *Cuadernos de Historia y Arqueología*, núm. 41, Guayaquil, 1974) a cargo de Miguel Rivera.

En 1977, y en vista de los resultados obtenidos por la Misión Española en Chinchero, ésta se compromete a la realización, mediante un convenio con el Instituto Nacional de Cultura del Perú, de un estudio arqueológico y etnohistórico en Racchi, bajo la dirección del Dr. Manuel Ballesteros Gaibrois.

Los trabajos de investigación, que han durado hasta 1982, se han centrado en torno a uno de los centros de cultura incaica de la sierra de mayor relevancia en época prehispánica. El foco del yacimiento se encuentra en el denominado «templo de Viracocha», y comprende, además, sesenta recintos de habitaciones, doscientas *collicas* o depósitos, una laguna artificial, una fuente de piedra, dos *collicas* para ofrendas, una vía incaica con dos ramales y numerosas andenerías.

Desde un punto de vista científico, el proyecto de Racchi se asemeja en cierta manera con el de Chinchero, en el sentido de que se trata de la excavación de un yacimiento en función de su arquitectura y dando gran importancia a los aspectos de restauración. De todas maneras, la investigación del sistema de construcción incaico resultó de provecho para los componentes del proyecto, ya que tuvieron ocasión de estudiar sobre el terreno los sistemas de cimentación, estructuras de depósitos, habitaciones, andenerías, sistemas de desagüe y de drenaje. Destaca-

mos este hecho debido a que en el proyecto de Racchi, y por diversas circunstancias, se posibilitó en gran manera la ida de numerosos estudiantes a Perú, los cuales colaboraron en los trabajos del proyecto.

Entre las conclusiones preliminares más interesante parece destacarse que el denominado «Templo de Viracocha» debió más bien tratarse de un taller de producción textil, en relación con las habitaciones de los trabajadores, depósitos de almacenaje, corrales para el ganado, etc.

Hasta el momento se han publicado solamente informes de carácter general: «Rajchi en la arqueología de la sierra sur del Perú. Informe preliminar», en la *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XI, Madrid, 1981, a cargo de López y Sebastián, o interpretaciones «En torno al templo de Viracocha (Rajchi) en el Perú», *Scripta Ethnologica*, vol. VI, Buenos Aires, 1981, o «Mito, leyenda y tergiversación en torno a Cacha y el 'templo' de Racchi», en *Historia y Cultura*, núm. 12, Lima, 1979, obra ambos del Dr. Ballesteros. Acabados recientemente los trabajos del proyecto, esperamos la pronta publicación de los informes respectivos.

A partir de 1976 la Misión se dividió en dos ramas bien definidas, con el establecimiento de una de ellas en Mesoamérica. El hecho es destacable, ya que la existencia de dos Misiones, una andina y la otra en el área mencionada, es un excelente vehículo para la especialización de los diferentes miembros de los proyectos que así, de una manera práctica y sobre el terreno, pueden ver satisfechas sus aspiraciones en el terreno del americanismo.

En esta fecha, y sobre la base de un reconocimiento realizado el año 1973, se optó por establecer la Misión en el área Maya, y más concretamente en Guatemala, estableciéndose un convenio con el Ministerio de Educación de ese país.

Los antecedentes del proyecto se recogieron en el que denominamos familiarmente «Libro rojo», o *Proyecto: Cambio cultural en Guatemala*, publicado en 1975 por el Departamento de Antropología y Etnología de América, donde se recoge la Introducción, a cargo del Dr. Alcina, director del proyecto; el informe sobre Arqueología, a cargo del Dr. Rivera Dorado; el informe sobre Etnohistoria, a cargo del Dr. Jiménez Núñez, y el informe sobre Etnología, a cargo del Dr. Manuel Gutiérrez, directores, respectivamente, de cada uno de esos aspectos dentro del proyecto.

El planteamiento del proyecto en Guatemala, y a través de la experiencia adquirida en los trabajos anteriores en Suramérica, partía de presupuestos muy diferentes, tanto en el terreno de los aspectos metodológicos como prácticos.

La primera diferencia consistió en el establecimiento de una base permanente de la Misión, concretamente en Quetzaltenango, abierta du-

rante todo el tiempo que durase el proyecto, lo que permitiría, por un lado, la estancia continua de algún miembro de la Misión, la posibilidad de estancias más largas sobre el campo y durante cualquier época del año, y hacía además innecesario el desplazamiento del material, excepto en el caso de muestras de laboratorio y/o materiales específicos de algún aspecto muy concreto.

El enfoque teórico del proyecto se planteó en torno al problema del cambio cultural, intentando abarcar, en una secuencia histórica donde se analizarían culturalmente una serie de rasgos, desde los primeros asentamientos en Guatemala hasta la actualidad, y se contemplarían a la vez procesos de cambio múltiples, tales como las transformaciones de las sociedades cazadoras-recolectoras en productoras, o agricultores-horticultores en productores de excedentes, etc. Se utilizaría para ello un enfoque estructural-funcional, aplicando un método sincrónico, como es el antropológico, y dos métodos diacrónicos, el etnohistórico y el arqueológico. De esta manera, el método comparativo que se aplicaría a los resultados en los diversos campos sería mucho más productivo, ya que se referiría a estructuras situadas diacrónicamente dentro de un proceso de cambio.

Con este planteamiento teórico el estudio debería ser de carácter regional, pero no centrado en una zona demasiado extensa, a fin de poder acceder a la realidad de los hechos. Se escogió para ello la cuenca del río Samalá, en el occidente del país, denominándose definitivamente el proyecto «Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala».

Desde esta perspectiva, el enfoque se planteó desde varias disciplinas, fundamentalmente la arqueología, cuyo equipo dirigían el Dr. José Alcina Franch, director del Proyecto, y el Dr. Miguel Rivera, de la Universidad Complutense; el equipo de antropología, que incluía a su vez tres programas: el estudio de los procesos de urbanización y modernización en el área de Quetzaltenango, así como un análisis de la estructura urbana y la dicotomía entre asentamientos urbanos y rurales, sus focos de interacción y la dependencia económica existente entre unos y otros, a cargo del Dr. Esteva Fabregat, de la Universidad de Barcelona. Estudios sobre los patrones religiosos, valores y creencias de los indios quichés y particularmente en el valle que atraviesa el río Samalá, dirigido por el Dr. Gutiérrez Estévez, de la Universidad Complutense. Y un estudio del sistema de cofradías por el Dr. Isidoro Moreno, de la Universidad de Sevilla. Del programa de etnohistoria, que tenía por objetivo el reconocimiento de los archivos locales y de los materiales incluidos en el Archivo General de la Nación, en Guatemala, fue responsable el Dr. Jiménez Núñez, de la Universidad de Sevilla.

El equipo se completaría con investigadores de disciplinas auxiliares, como historiadores e historiadores del arte, lingüistas, folkloristas, naturalistas, etc.

Desgraciadamente, los acontecimientos políticos del año 1980, que todos recordamos, cortaron de raíz el proyecto, de tal manera que los resultados han sido muy desiguales.

Dentro del programa de arqueología, que incluía la exploración sistemática de la región en estudio, se localizaron 61 yacimientos mediante reconocimientos aéreos y de superficie, habiéndose muestreado buena parte de los sitios. Se excavaron dos yacimientos: durante las dos primeras campañas, Las Victorias, en Salcajá, lugar de enterramiento y almacenaje, muy removido y destruido, correspondiente al período Preclásico Tardío y al Protoclásico, y Agua Tibia en 1979, unas viviendas y un temazcal pertenecientes al Clásico Tardío, siendo digno de mención que se trata del primer hallazgo completo de un conjunto habitacional en el altiplano guatemalteco, y que el descubrimiento de esas estructuras, junto con el resto de materiales asociados, ha sido de gran utilidad para determinar el nivel de desarrollo tecnológico y cultural de estas pequeñas localidades campesinas que debieron vivir en régimen disperso por los valles del altiplano maya. En este sentido hay que mencionar la publicación del yacimiento de Agua Tibia en forma de tesis doctoral a cargo de Andrés Ciudad: *Agua Tibia, Totonicapán: un sitio Clásico Tardío en el altiplano oeste de Guatemala*, Madrid, 1982.

Debemos citar también la publicación de aspectos generales del proyecto: «Exploraciones arqueológicas en Guatemala» para las *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I, México, 1975, o «Cambio cultural en el occidente de Guatemala: planteamientos generales de una investigación», en *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, vol. XXXII, Sevilla, 1978, y también «La arqueología de la cuenca del río Samalá» para el *Congreso del V Centenario del Nacimiento de G. Fdez. de Oviedo*, San José de Costa Rica, 1980. Estos dos últimos trabajos a cargo del Dr. Alcina.

Aspectos más concretos han sido tocados también por Alcina al escribir sobre «Las cerámicas 'rojo-sobre-crema' y similares en el altiplano occidental de Guatemala» para *La Antropología Americanista en la Actualidad*, vol. I, México, 1980. Por Alcina, Ciudad e Iglesias, al publicar «El temazcal en Mesoamérica: evolución, forma y función» en la *Revista Española de Antropología Americana*, vol. X, Madrid, 1979, o Ciudad e Iglesias: «Informe preliminar sobre la cerámica de Las Victorias, Salcajá» para la misma revista, vol. IX, Madrid, 1979, y, por último, el trabajo de Ramos sobre «La industria de la obsidiana en Salcajá, Guatemala», también para la revista, en el volumen XI de la misma.

Desde la perspectiva de la antropología disponemos por el momento de muy escasas publicaciones como para permitir una valoración de los resultados. Destaquemos el trabajo de M.^a Jesús Buxó sobre

«Modernización e ideología doméstica en Quetzaltenango» para *Ethnica*, núm. 16, Barcelona, 1980.

Después de la brusca interrupción de las actividades de la Misión en Guatemala y siempre con el interés de permanecer en Mesoamérica, se decidió, continuando con la línea de trabajo del área maya, trasladar la Misión a México, concretamente a la Península de Yucatán. Se tomó como base Champotón y como zona de operaciones la costa de Campeche sobre la base de una exploración realizada en 1980, ya que la región mencionada presenta zonas relativamente oscuras dentro del panorama general de la arqueología en el área maya.

Como en proyectos anteriores, la investigación se enfocaría desde la perspectiva de tres disciplinas, la arqueología, antropología cultural y etnohistoria, trabajando en coordinación en un intento de investigar el desarrollo cultural de las zonas, desde la investigación de yacimientos formativos hasta la conquista española, tratando de determinar la importancia del sitio de Champotón o «Chacanputún» e incidiendo en el aspecto de las interrelaciones económicas del mar y la tierra.

Por diversas razones, y fundamentalmente de índole de falta de entendimiento con las autoridades mexicanas responsables en última instancia de la investigación en México, el único equipo que se encuentra funcionando hasta la fecha de manera regular, dirigido por el Dr. Manuel Gutiérrez, es el de Antropología. Gira en torno a las actividades pesqueras de la zona, centrados en el poblado de Villa Madero, recojiendo todo tipo de datos acerca de las manifestaciones económicas y de carácter doméstico y culinario con el fin de tratar de alcanzar toda la información posible sobre la economía relacionada con el mar. Se está confeccionando también un vocabulario pesquero y se investiga sobre el patrón mitológico y las manifestaciones rituales de estas pequeñas comunidades de pescadores.

Desde el punto de vista etnohistórico, se ha iniciado un programa de reproducción y transcripción de documentos históricos referidos a la región de Champotón tomados del Archivo de Indias de Sevilla y, en segundo lugar, se iba a tratar de investigar directamente en los archivos históricos de Campeche con el fin de obtener documentación directa sobre los asentamientos de la zona y profundizar sobre problemas relativos al mestizaje.

En cuanto al terreno de la arqueología, en 1981 se hizo un completo levantamiento topográfico del yacimiento de Haltunchen, donde se localizaron y situaron más de veinte montículos, muestreándose en superficie y excavándose una serie de zanjas en zonas de habitación entre montículos. El estudio de los materiales recopilados ha permitido fijar la ocupación del sitio desde el Período Preclásico hasta el Colonial, estando a punto de aparecer los resultados en nuestra revista a cargo de Rivera, Rojas y Sánchez Montañés.

Este último año 1982, y con el fin de continuar una Misión en Mesoamérica, un pequeño grupo de arqueólogos, dirigidos por el Dr. Miguel Rivera, hemos recorrido el norte de la península de Yucatán con la idea concreta de que, en un futuro no muy lejano y a pesar de las dificultades que aparezcan, la Misión Científica Española debe continuar sus trabajos en Mesoamérica, ya que este área es de importancia vital para el americanismo en general y constituye el foco de especialización de un grupo de profesores y futuro tema de investigación para un buen número de alumnos y colaboradores.—Emma SÁNCHEZ MONTAÑÉS.

PROYECTO «SEVILLA LA NUEVA» (JAMAICA).
CAMPAÑA PRELIMINAR

En diciembre de 1981 dio comienzo en la costa norte de Jamaica la campaña preliminar del *Proyecto «Sevilla la Nueva»*, con el fin de obtener datos que posibilitaran la planificación de las sucesivas campañas y documentar las estructuras anteriormente excavadas, aunque sin criterio científico y en su mayoría mal conservadas.

Para ello nos trasladamos a Jamaica dos arqueólogos —Lorenzo E. López y Fernando Velasco— con créditos económicos procedentes del Instituto de Cooperación Iberoamericana y de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, contando igualmente con el apoyo del Programa de Cooperación Internacional con Iberoamérica y Filipinas del Ministerio de Educación y Ciencia y en Jamaica con la ayuda de la Oficina del Primer Ministro, Instituto de Jamaica y National Trust Commission.

Explorada superficialmente el área y recopilada la mayor información posible sobre los restos arqueológicos visibles, arrasados o de cuya existencia había noticia, se procedió a acotar sectores y llevar al terreno una cuadrícula formada por cuadrados de cien metros de lado, cuyos ángulos se señalaron con mojones de cemento, subdividiendo cada cuadrado en otros de diez metros de lado para trazar dentro de ellos los pozos de cuatro por cuatro metros y las banquetas de un metro de anchura que serían la base de la excavación.

Con la retícula orientada al norte, tomadas las cotas de los puntos fijos para futuras referencias y con una línea fija determinada, se procedió a la excavación.

De los diversos sectores aislados se comenzó por el *Palacio* o *Castillo*, cuyas trazas componen la principal evidencia de una ocupación hispánica prolongada y cuya excavación tiene por objeto verificar la época y función del edificio, así como, en lo posible, determinar su forma original. Se excavaron cerca de cincuenta pozos de cuatro metros

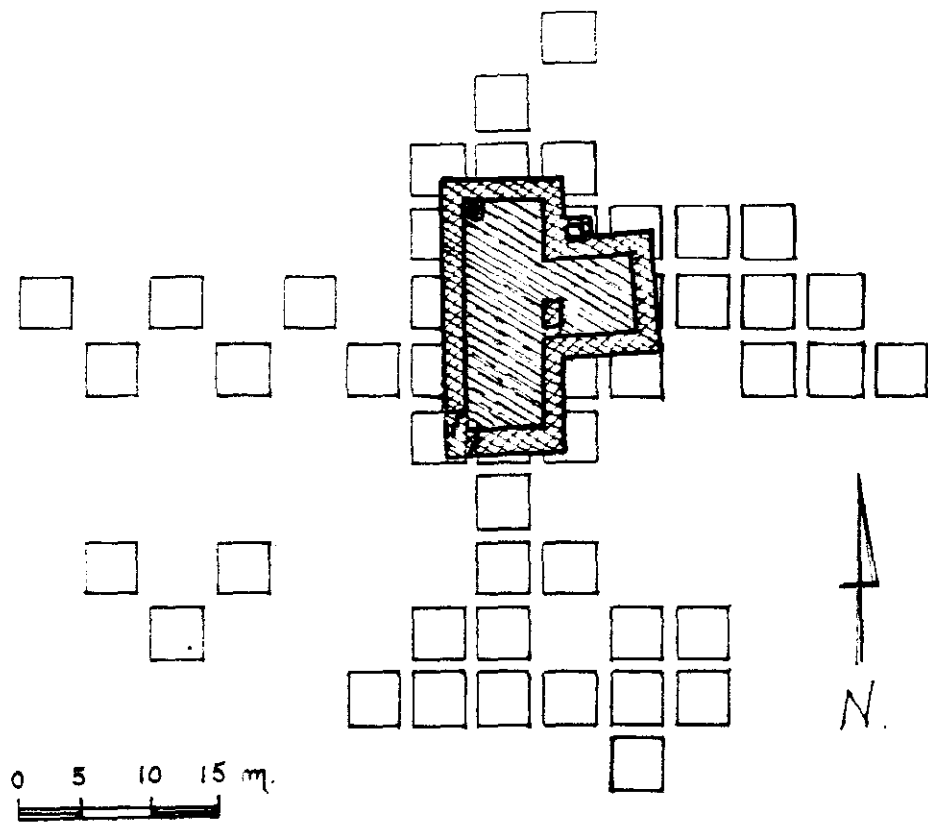


FIG. 1.—Planta del Palacio o Castillo y excavación aneja al mismo según dos ejes perpendiculares y ampliaciones sucesivas. (Croquis de Lorenzo E. López y Sebastián.)

de lado, como se indicó anteriormente, empleándose el sistema de niveles artificiales, dadas las características del terreno y el conocimiento cronológico de la ocupación. Se ha podido constatar el sistema constructivo, al llegarse a las zanjas de cimentación del edificio, así como registrado los sucesivos deterioros sufridos en el mismo, también se han localizado ciertas zonas de ocupación en las inmediaciones, especialmente en la parte sur de aquél.

En segundo lugar se limpió de vegetación uno de los asentamientos *arawak* próximos al asentamiento hispánico, localizado en la margen derecha de un profundo arroyo conocido como *Person's Gully*, de pronunciada pendiente, en el que se emplazó la cuadrícula, practicándose a continuación un pozo de dos metros de lado, en la parte más baja del asentamiento, con el fin de verificar la existencia de materiales arqueológicos en una zona que no afectara los datos para el futuro estu-

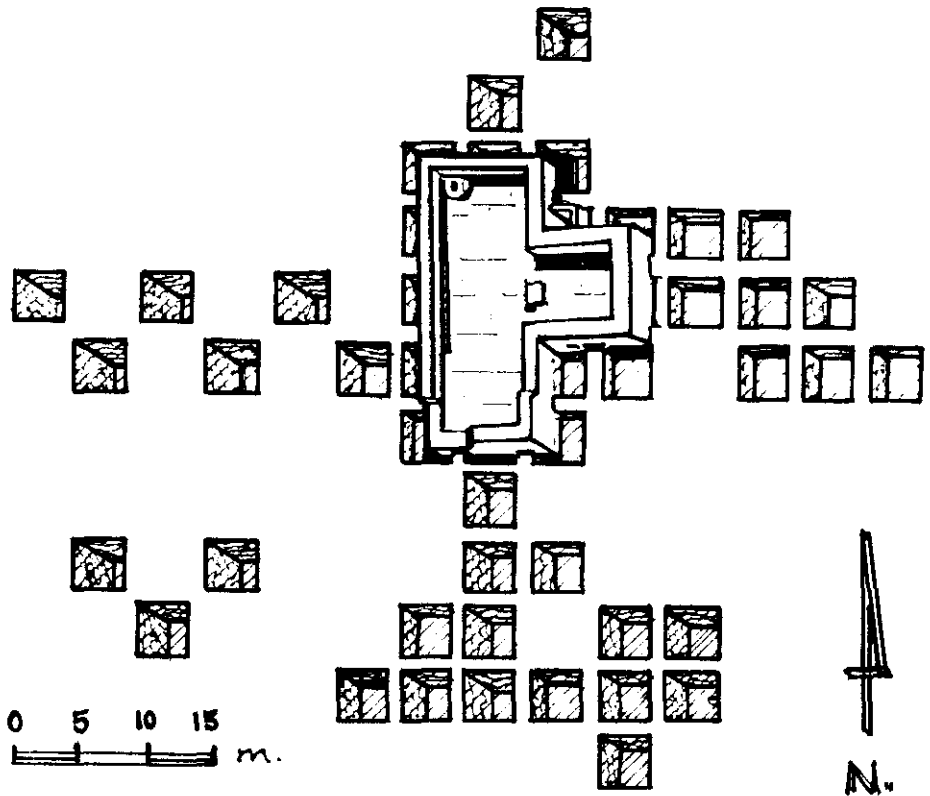


FIG. 2.—Levantamiento isométrico del Palacio o Castillo y excavación periférica. (Croquis de Lorenzo E. López y Sebastián.)

dio y correspondiente excavación. Resultó positiva la prueba, a pesar de que por su posición se trataba de materiales de arrastre. Pudo comprobarse igualmente la poca potencia de la capa fértil por afloramiento de la roca caliza del subsuelo y con ello se aplazó la excavación. El tercer sector puesto en excavación fue el *Molino de Azúcar*, que también tiene el inconveniente de haber sido excavado con anterioridad, sin precaución alguna en orden a la conservación de restos, por lo que se ha producido un enorme deterioro de los mismos y quedado en superficie montones de materiales que posiblemente tienen que ver con la antedicha excavación. La metodología aplicada en el presente sector es la misma que la correspondiente al *Palacio*, pozos de cuatro metros de lado separados por banquetas de un metro de anchura, en una retícula orientada al norte y en la que se han tomado dos ejes perpendiculares con intersección en la estructura principal, comenzándose la excavación por los cuatro extremos en alternancia y según la correspondiente línea del eje. De esta manera se podrá contar con información del entorno antes de interesar el foso junto al que se sitúan los restos. Se practicaron seis pozos y debido a las lluvias se decidió suspender la excavación, quedando preparado el terreno hasta la próxima campaña.

Ante los problemas prácticos planteados por las condiciones climáticas y la vegetación, hubo de emplearse un sistema de protección temporal de las estructuras y pozos que habían de continuarse en campañas posteriores, convencidos de que si quedaban a la intemperie podía ser fatal y dada la necesidad de conservar intacta en lo posible la superficie excavada, se procedió a cubrir con plásticos especiales el interior de los pozos y enterrar o rellenar de nuevo, de esta manera se mantendrá en condiciones la parte excavada, sin diferencias ambientales que la deterioren y posibilitando una rápida y fácil limpieza del relleno al reanudarse la excavación.

Aunque cualquier conclusión sería prematura, ya se van teniendo datos del «cómo» se efectuó el asentamiento, la dirección en que se movió tras un incendio y, en cierta medida, el carácter deleznable de los materiales empleados en las construcciones, por lo que, a excepción de los puntos conocidos o los reaprovechados en sucesivas ocupaciones, no es probable el hallazgo de estructuras vistosas.

Una excavación complementaria en la parte SE, a lo largo del riachuelo conocido por *Church River*, se realizó por encargo específico del Ministerio de la Construcción, que necesitaba disponer de una zona edificable para completar ciertos servicios de la comunidad próxima de St. Ann's Bay. Se efectuaron seis cortes profundos en pozos de dos metros por cuatro, y se constató la importancia del nivel de ocupación hispánico, que aparecía entre el metro y los dos metros de profundidad, según los cortes, y con una potencia igualmente variable. Especial-

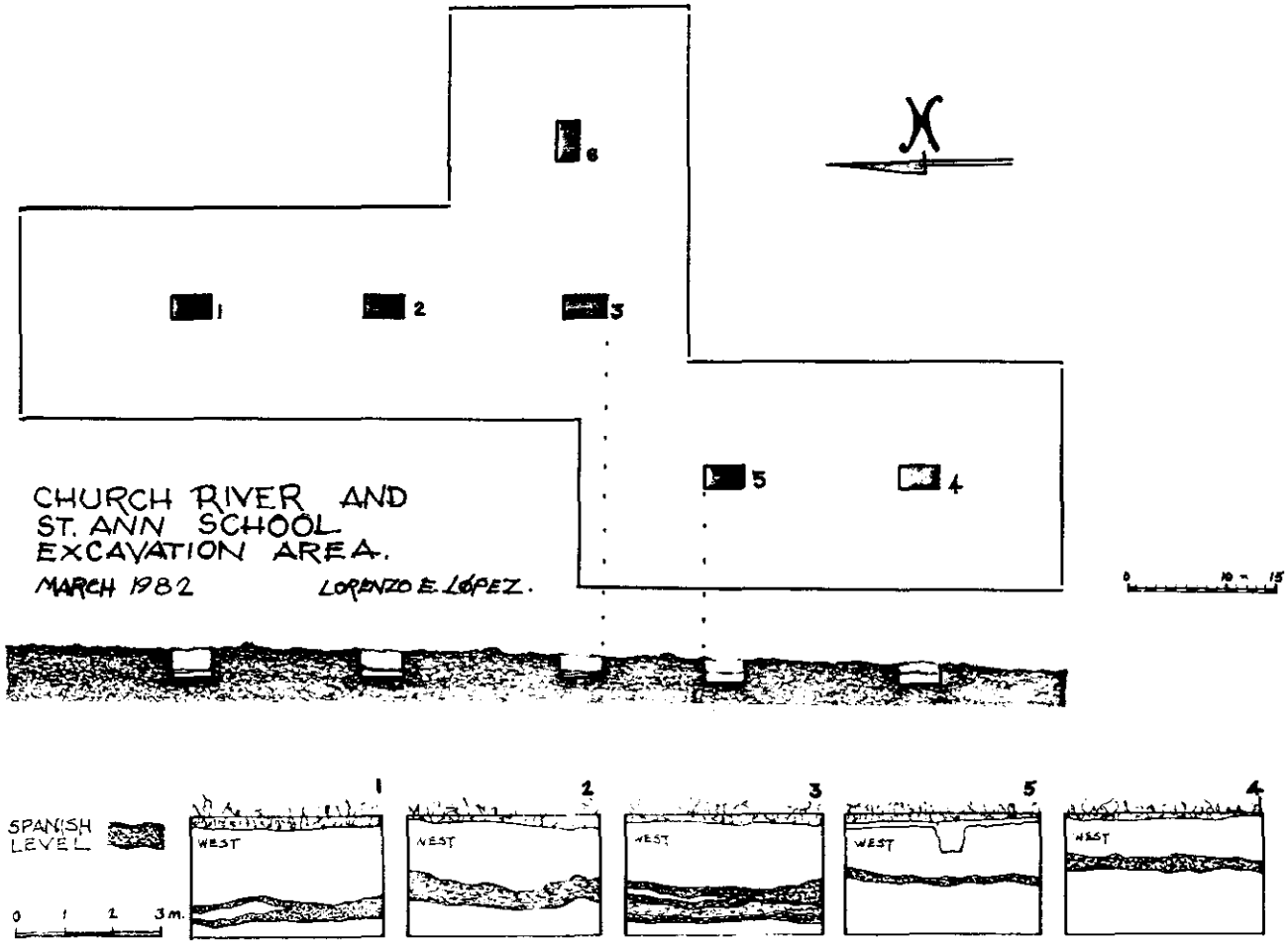


FIG. 3.—Excavación del área del Church River. (Croquis de Lorenzo E. López y Sebastián.)

mente interesante fue la evidencia de un cambio de la superficie del terreno, con un buzamiento contrario a la inclinación actual (sur-norte) acusado en la pendiente del nivel de ocupación hispánico.

Con los trabajos exploratorios complementarios, recorridos por la región y a lo largo de la costa, topografía y protección de pozos y estructuras se dio por terminada la campaña preliminar.

Especialmente laboriosa fue la limpieza, preparación, inventario y primera clasificación de los materiales recogidos, cuya nota común es la diversidad y profundas alteraciones por las condiciones ambientales.

Al equipo inicial se unirían posteriormente la arqueóloga Araceli Sánchez, quien se ocupó especialmente del material, así como el arquitecto Rafael Gras, con su ayudante Nieves Peña, quien realizó un anteproyecto de cubrición definitiva de estructuras excavadas, con cuatro alternativas y posibilidades de aplicación concreta en función de las características de la estructura a proteger.

La duración total de la campaña comprendió el período de diciembre de 1981 a junio de 1982, con más de cuatro meses de trabajo de excavación propiamente dicho y el resto de los complementarios, desde la topografía a la conservación o tratamiento de materiales.

Con la firma de un documento de compromiso mutuo esperamos el inicio de las campañas sucesivas, para las que ya ha quedado preparado el terreno; el concurso de misiones de otros países para la realización de trabajos específicos en áreas inmediatas y la incorporación de nuevos colaboradores para la realización de las distintas funciones y cometidos que requiere el proyecto.

Hemos de expresar nuestro agradecimiento a la Embajada de España en Kingston, especialmente al embajador Joaquín Cerviño; a su canciller, Samuel Brock, y al personal de la misma. A Mr. Carey Robinson, director de Arte y Cultura de la Oficina del Primer Ministro de Jamaica; Mr. Cecil Bangford y Fr. Francis Osborne, S. J., ambos del National Trust Commission, Survey Department of Jamaica; Mr. Antony Aarons, director del Port Royal Project y coordinador de proyectos del Gobierno de Jamaica y a cuantas instituciones y personalidades facilitan nuestra labor con medios y ayudas en uno y otro país.—Lorenzo Eladio LÓPEZ Y SEBASTIÁN (Universidad Complutense de Madrid).

ACTIVIDADES DE LA MISIÓN CIENTÍFICA ESPAÑOLA EN EL PERÚ. 1982. PROYECTO «RAJCHI»

Durante la campaña de 1982 se recibió la ayuda del Programa de Cooperación con Iberoamérica y Filipinas del Ministerio de Educación y Ciencia, consistente en dos pasajes aéreos, que emplearon los pro-

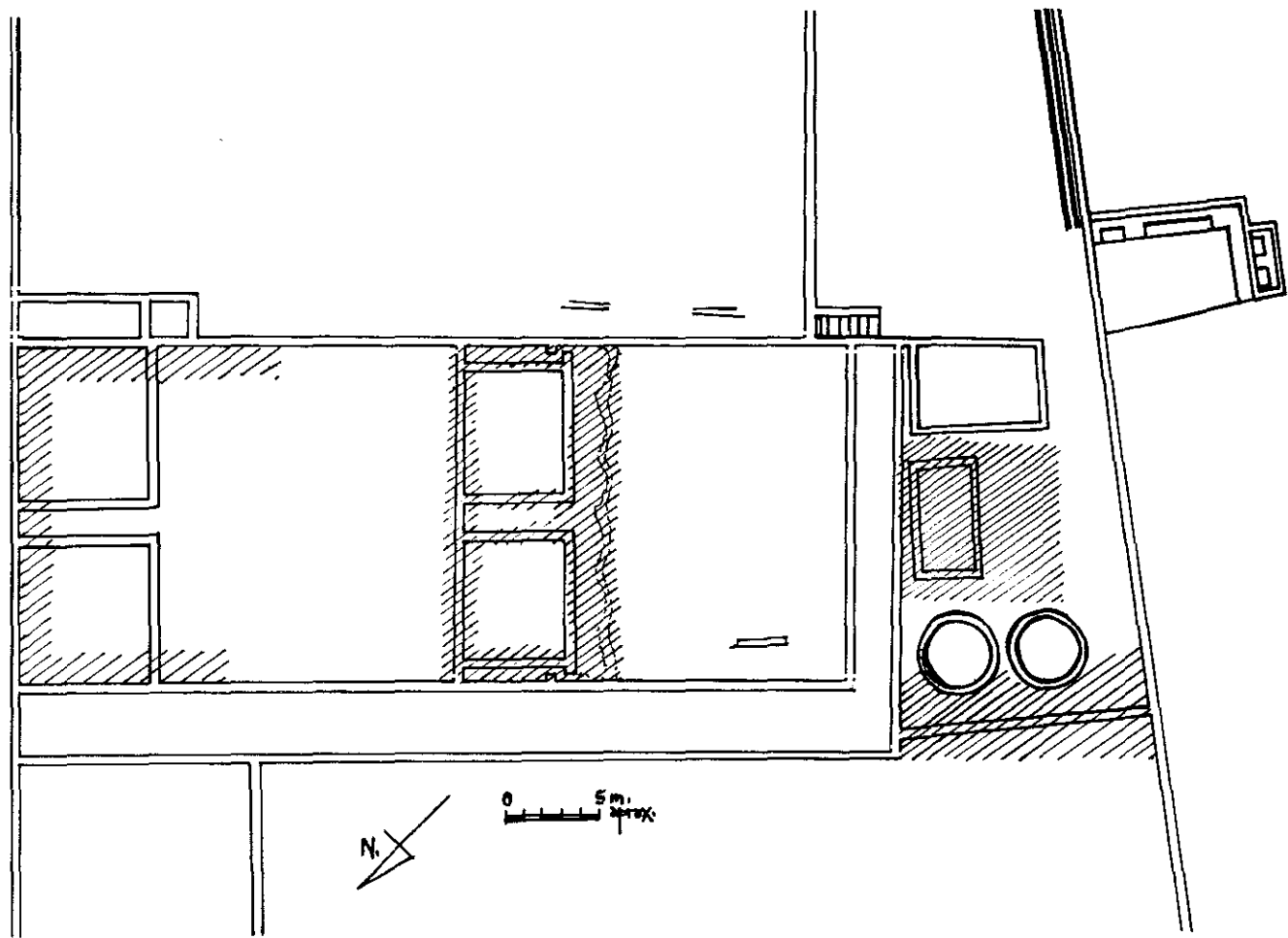


FIG. 1.—Planta del Mesapata con indicación, en sombreado, de las tres etapas de la excavación en las distintas plataformas. (Croquis de Lorenzo E. López y Sebastián.)

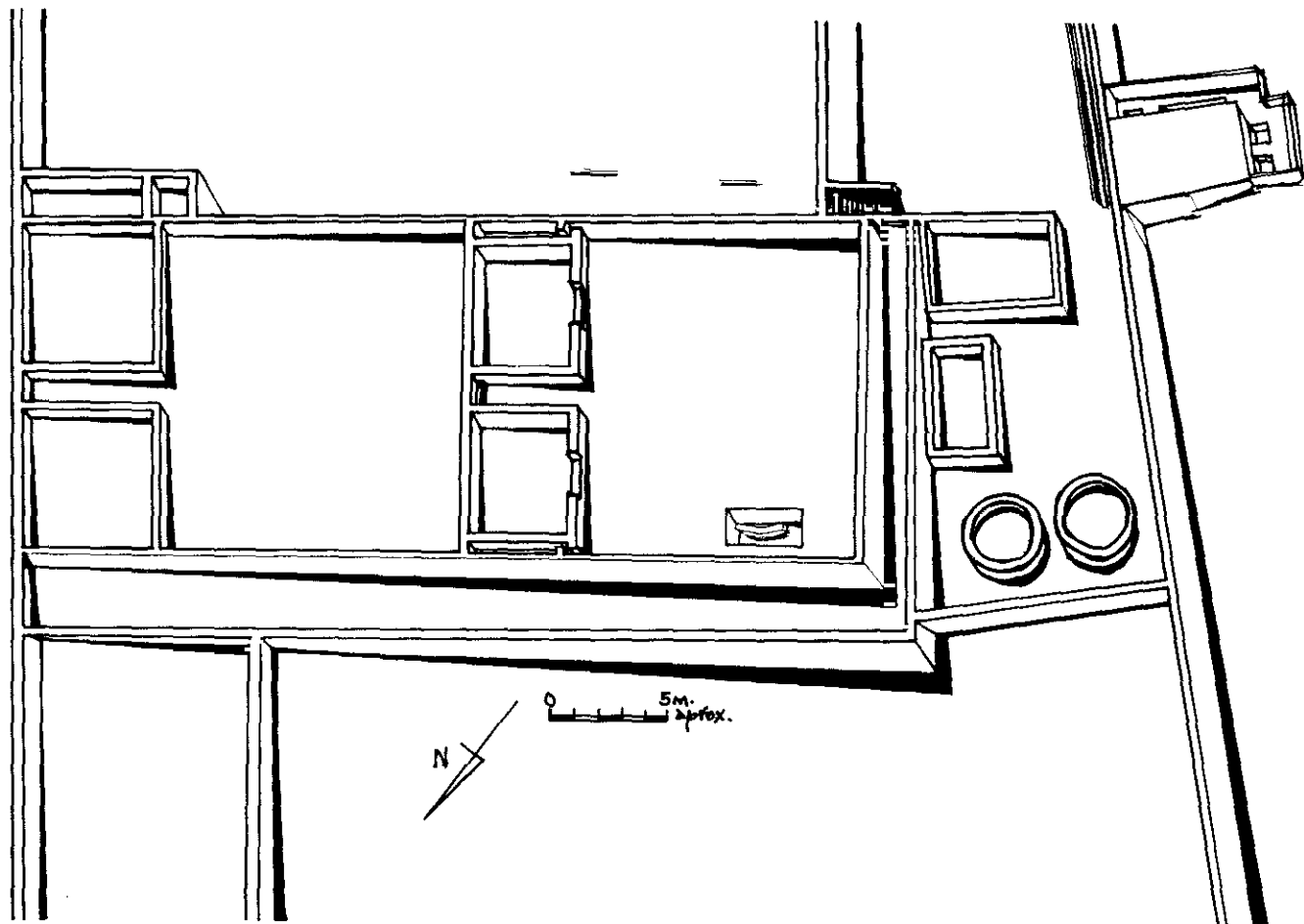


FIG. 2.—Levantamiento isométrico del sector Mesapata tras la excavación definitiva y restitución de los niveles de suelo originarios. (Croquis de Lorenzo E. López y Sebastián.)

fesores Lorenzo López y Sebastián y Alicia Alonso Sagaseta, ayuda que complementada con los créditos obtenidos del Ministerio de Asuntos Exteriores, permitieron el desplazamiento al Perú de cuatro personas, la colaboración de otras dos y la participación de personal especializado peruano en los trabajos de campo.

La duración total de la campaña ha sido de dos meses, y en ella se han realizado trabajos de excavación y exploración arqueológica, así como de investigación en museos, como más adelante se detalla.

Dado que se trataba de la última campaña del proyecto, se ha intentado terminar la excavación de los sectores iniciados en años anteriores, así como definir las áreas de reserva arqueológica y documentar las evidencias de otras culturas diferentes de la incaica, de las que hipotéticamente debían quedar restos dentro del área, a juzgar por los indicios observados en anteriores campañas.

Pasemos a reseñar muy brevemente los trabajos llevados a cabo, comenzando por la excavación realizada en los siguientes sectores:

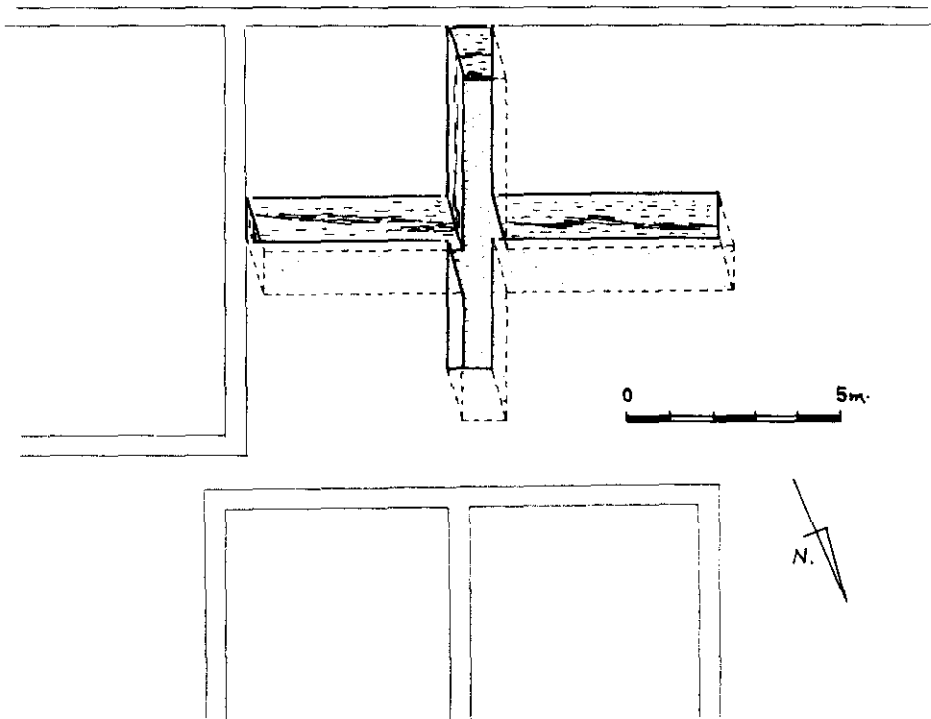


FIG. 3.—*Trincheras perpendiculares en el sector de los Recintos. (Croquis de Lorenzo E. López y Sebastián.)*



FIG. 4.—Excavación en San José, uno de los pozos realizados en el sector.

1) *Mesapata*.—Conjunto de plataformas de extraordinaria importancia. Total limpieza de la primera plataforma, en la que se ha descubierto y restituido la traza de un nuevo edificio a unir a los tres descubiertos en años anteriores y un largo muro que determina un recinto. Total limpieza y consolidación provisional de la segunda plataforma. Excavación, limpieza y restitución del nivel de suelo originario de la tercera plataforma, en la que se ha evidenciado la existencia de dos líneas paralelas de edificios apareados con una gran plaza ante cada par.

2) *Recintos*.—Apertura de dos trincheras perpendiculares de un metro de anchura, buscándose las trazas de un posible edificio que no apareció, bien por las alteraciones modernas en el terreno o por romperse la estructura del conjunto. Se restituyó el nivel de suelo.

3) *San José*.—En la zona epigonal al conjunto principal, con evidencias superficiales de una prolongada ocupación, se efectuó la excavación de dos cortes profundos con el fin de obtener una estratigrafía para relacionar con el centro edificado.

4) *Tumbas*.—Excavación de cuatro enterramientos múltiples con sus correspondientes ajuares, que evidencian una intensa ocupación del área en época preincaica.

La exploración arqueológica se ha realizado en los alrededores del sitio, recorriéndose zonas ya conocidas, como la «muralla», pie del volcán Quimsachata, valle del Vilcanota, camino incaico y tres recorridos en las inmediaciones de Tinta.

Todos los materiales recolectados, limpios y debidamente custodiados, se depositaron en el museo de sitio para el estudio final.

Paralelamente a las actividades arqueológicas antes expuestas y contando con la valiosa colaboración de un geólogo de la Universidad Católica de Lima, de un equipo topográfico del Instituto Nacional de Cultura de Cuzco y del arquitecto residente del Plan COPESCO, ha sido posible el incremento considerable de datos con vistas al estudio final.

Una revisión a fondo de los materiales depositados en los princi-



FIG. 5.—Una de las tumbas excavadas, tras su limpieza, en la que puede notarse una de las vasijas que componían el ajuar.

pales museos del país, en especial en los nacionales de Antropología y en los universitarios de Lima y Cuzco, así como una intensa revisión de las fuentes bibliográficas difíciles de consultar en España, se ha efectuado simultáneamente a lo largo de la presente campaña.

Con la finalización de los trabajos de campo se abre una nueva etapa de estudios de laboratorio con vistas a la elaboración de los informes definitivos, que habrán de ser presentados para su publicación en el tiempo previsto y acordado en el convenio.

Al equipo inicial, formado por Lorenzo E. López, Alicia Alonso, Fernando Velasco y Javier Pastor, se unieron posteriormente el ingeniero Raúl Pastor, Pilar Hernández y María Cruz Martínez.

No podemos cerrar las presentes líneas sin agradecer, tanto a las instituciones como a las personas que desde España han hecho posible nuestro trabajo, y en el Perú, de una forma muy especial, a los doctores Hugo Ludeña, Carlos Guzmán e Isabel Flores, del Instituto Nacional de Cultura en Lima; al arquitecto Roberto Samanez y a los arqueólogos Alfredo Valencia e Italo Oberti, en Cuzco, y en Rajchi, al arqueólogo residente, doctor Oscar Núñez del Prado, y familia, cuya solicitud tanto ha facilitado nuestra labor, y a cuantas personas han venido prestando ayuda y consejo durante estos años, a quienes desde aquí damos las gracias.

Bajo la dirección de don Manuel Ballesteros se han venido realizando a lo largo del curso las reuniones periódicas de trabajo y planificación habituales.—Lorenzo Eladio LÓPEZ Y SEBASTIÁN (Universidad Complutense de Madrid).

CURSILLO SOBRE «LOS PROBLEMAS CENTRALES EN LA ANTROPOLOGÍA COGNITIVA»

Impartido por el Prof. Dr. Héctor B. Lahitte, de la Universidad de La Plata (Argentina), ha tenido lugar, de los días 24 al 31 de enero, un cursillo sobre los problemas centrales en la Antropología Cognitiva. El breve espacio de tiempo con que se contaba fue aprovechado al máximo en reuniones de gran densidad teórica. Desgraciadamente, no pudimos contar con el aparato reproductor del vídeo que nos permitiera observar y trabajar sobre ejemplos reales del trabajo de campo antropológico. Se optó por la elaboración de ejemplos varios y se centró el eje de las conferencias sobre los ejemplos de un artículo de Charles O. Frake publicado en *American Anthropologist* (1961, 63: 113-132). La investigadora colaboradora del Dr. Lahitte, Cristina Pechi, intentó suplir con su ayuda la falta del vídeo.

Desde el primer minuto de trabajo pudimos comprobar cuáles eran los fundamentos de esta interesante escuela antropológica. El doc-

tor Lahitte describió el ciclo científico de Hempel paso por paso, al que añadió posteriormente consideraciones complementarias fundamentadas en la teoría de sistemas. Dicho ciclo científico, que ha de seguir el antropólogo cognitivo, fue descrito de un modo más minucioso en los aspectos claves que diferencian a esta escuela. El antropólogo cognitivo parte de los conocimientos actuales sobre el funcionamiento del aparato psíquico. Conocer cómo se percibe, elabora y almacena la información es de vital importancia para el tratamiento de los datos recogidos, así como el modo de operar que el antropólogo debe seguir. En el campo se pretende aprender sobre el grupo estudiado. El papel jugado por el científico es el aprendizaje, y ello ha de llevarse a cabo sabiendo cómo. Aprender a aprender es dificultoso y vital, pero tras este paso, la asimilación de los datos será excelente.

Evidentemente, en Antropología Cognitiva no es suficiente la descripción directa de los fenómenos naturales, puesto que éstos sólo pueden decirnos algo del cómo el antropólogo percibe el fenómeno. Esta escuela pretende fijar su atención en cómo la gente piensa y actúa en otras culturas, no en cómo nosotros lo percibimos. Las culturas dejan de concebirse como conjunto de fenómenos materiales y se perciben como la organización cognitiva de tales fenómenos. La etnografía pasa a ser una disciplina que busca dar cuenta del comportamiento de la gente, describiendo el conocimiento socialmente adquirido y compartido.

La cultura se convierte en un modo o una forma con que los hombres clasifican el entorno. Esta clasificación incluye tanto lo natural como lo cultural y permite al hombre incorporar una serie de herramientas conceptuales con las que la persona puede optar por los diferentes modos de relación en una cultura dada. El antropólogo sigue aquí con fidelidad el modo en que el aparato psíquico trabaja y desbroza la información que obtiene el informante.

La obtención de información es uno de los puntos clave en el trabajo del antropólogo cognitivo, ya que la entrevista dirigida no puede hacerse. Una entrevista de este tipo deformaría la información, puesto que la lógica conecta en un mismo vínculo la pregunta y su respuesta. Dicha situación, ignorando la relación entre ambas partes, falsaría los resultados de su trabajo. Es el informante quien ha de organizar las secuencias de información, fundamentándose el investigador en lo que el informante reconoce como cuáles serían las preguntas claves que él mismo se haría para el conocimiento de ese tema.

El antropólogo pretende buscar cuáles son las reglas para construir expresiones que el grupo estudiado juzga apropiadas gramaticalmente. Lógicamente, en este proceso la traducción directa y simple no se puede hacer. El investigador tiene que conocer los atributos y rasgos que caracterizan a un objeto, situación o evento incluido en esa cultura.

Una traducción simple, fundamentada exclusivamente en los términos, acabaría con múltiples facetas de gran importancia para el conocimiento. Se hace necesario, como paso previo a la traducción, la elaboración de un código de reescritura que respete al máximo el conocimiento de la sociedad en estudio. En el código citado han de tenerse en cuenta los rasgos del objeto o evento a traducir, así como el término que lo nombra en su lengua, debiéndose encontrar un término en nuestra lengua que contenga los mismos rasgos que el objeto designado en la otra cultura. No siempre ese término podrá ser traducido, optándose entonces por dejarlo en su lengua original. Por último, es el informante quien probará los conocimientos y taxonomías elaboradas, corrigiendo, si hubiera lugar, lo hecho por el antropólogo. El Dr. Lahitte narró ejemplos en los que él fue corregido por el informante.

Una vez que el etnógrafo conoce las preguntas claves sobre el tema pasa a la búsqueda del estímulo que provoca esta situación, estímulo significativo, según las propias palabras del sujeto del grupo. El investigador intentará describir cada acto en términos de las situaciones culturales que lo evocan apropiadamente. En un primer momento se va del acto a las situaciones evocadas, pudiendo descubrir las características relevantes sin querer adjudicarlas *a priori*. El apriorismo está absolutamente rechazado por esta escuela. El tópico de una pregunta va a ser respuesta de otra hasta que se pueda confeccionar una lista de tópicos o temas. Es importante resaltar que el primer evento es absolutamente impredecible y depende del propio trabajo de campo. Lo que es verdaderamente significativo es que, a partir de un evento, un etnógrafo puede elaborar una pregunta.

Las series de preguntas que forman un cuestionario se desarrollarán en conversaciones que tendrán muy en cuenta la imprescindible adecuación gramatical, como anteriormente ya había mencionado. Las preguntas serán básicamente de dos tipos: de inclusión y de contraste terminológico. La fórmula de una pregunta que intenta establecer relaciones de inclusión es: ¿Es x un tipo de y? Las preguntas de contraste terminológico serían del tipo: ¿Es ésta una x? Ambas permiten establecer relaciones y categorías, así como el progresivo desmenuzamiento de los *elementos significativos en la situación encuestada*.

Al llegar al campo, la forma más correcta de comenzar a trabajar es preguntando especialmente con preguntas de inclusión, que permiten elaborar concatenamientos sobre los que se partirá. Esta es la forma más simple de realizar taxonomías de trabajo.

Las conferencias fueron intensas en trabajo, teoría y definiciones, si bien no pudimos entrar en muchos aspectos importantísimos, como son el parentesco o problemas de la escuela cognitiva en arqueología. A pesar de ello, fueron muchos los temas tratados, que estas pocas líneas no mencionan. Es muy de desear que el cursillo se repita, pudien-

do profundizar más en este interesante campo de la investigación antropológica.—Fernando MONGE.

44 CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

Londres (1912), Cambridge (1952) y Manchester (1982). Tras treinta años de ausencia, las Islas Británicas han recibido de nuevo a los participantes en un Congreso Internacional de Americanistas.

Su realización pasó por un momento difícil con el conflicto bélico entre Gran Bretaña y la República Argentina por la posesión de las Islas Malvinas. La guerra provocó un sentimiento de reacción antibritánico en numerosos países americanos, y, derivado de éste, un movimiento que intentó boicotear el Congreso.

Los organizadores no se arredraron ante esta amenaza, y en la fecha prevista dio comienzo la sesión inaugural, con la presencia de más de mil cien investigadores de todo el mundo.

De lamentar fue la ausencia de destacados americanistas mexicanos, que hubieron de suspender su participación ante la difícil situación económica que vivió México en esos momentos.

Noventa y ocho simposia figuraban en el programa, divididos en ocho epígrafes: historia, arqueología, antropología, política, lingüística, literatura, Caribe y multidisciplinario. Además tuvieron lugar las sesiones generales.

Tres edificios de la Universidad de Manchester dieron cobijo a ponentes y oyentes durante cinco días, en un apretado horario que comenzaba a las nueve de la mañana y se prolongaba hasta las seis de la tarde. El reparto de los simposia entre los diversos edificios obligó a los participantes a desplazarse por el *campus* universitario, produciendo de esta forma algunos retrasos en los comienzos, para permitir asistir al mayor número posible de personas interesadas.

Necesariamente debemos ceñirnos a la arqueología y la etnohistoria, sobre todo mexicana, en nuestro comentario por constituir el punto de interés del autor de esta nota.

La abundancia y calidad de la oferta obligó a realizar a los concurrentes una meticulosa selección de las sesiones a las que asistiría, teniendo en cuenta, además, la necesidad de dedicar unas horas a recorrer la ciudad de Manchester, o realizar alguna excursión.

De los temas que pudimos abarcar destacaríamos, entre todos, tres.

En primer lugar, la imposibilidad de la celebración del simposium sobre los hallazgos del Templo Mayor de México, debido a la ausencia de la mayor parte de los participantes. No obstante, las personas interesadas recibieron información sobre tan importante excavación gra-

cias al generoso esfuerzo de la Dra. Johanna Broda y del Dr. Anthony Aveni, quienes organizaron una reunión ante las numerosas peticiones de los congresistas.

La segunda nota destacada fue la presentación de las pinturas que se encuentran en los muros de los templos del lugar conocido como *La Pasadita*, situado al norte de *Yaxchilan*, en Guatemala. El sitio fue descubierto en 1971 por Ian Graham, y la conservación de las pinturas, así como la restauración, han sido realizadas por Martine Fettweis. Ambos, apoyados por un abundante material gráfico, expusieron las características de su hallazgo, de suma importancia para los especialistas de cultura maya.

El tercer momento cae de lleno en el campo de la anécdota. Se produjo dentro del simposium *Native Sources and History of the Valley of Mexico*. Expuso su ponencia el Dr. Michel Graulich sobre el tema *Aspects mythiques des pérégrinations aztèques*, en lengua francesa. A continuación se inició el coloquio. El profesor Nigel Davies realizó una pregunta, en inglés, al ponente, y éste respondió en la misma lengua, hasta que en un momento dado le faltaron las palabras, y continuó no en francés, como era de esperarse, sino en castellano. Davies replicó también en castellano y la Dra. Durand Forest intervino en francés. A partir de ese momento el coloquio se desarrolló indistintamente en las tres lenguas, pasándose de una a otra con toda rapidez, ante el beneplácito de los asistentes.

Paralelamente al desarrollo del Congreso tuvieron lugar exposiciones, recepciones y un concierto.

La sesión de clausura incluyó una conferencia del Dr. Jacques Lafaye con el título *Los abismos de la identidad cultural*, tras la que hubo unas palabras en cada una de las lenguas oficiales. Como punto final se trató la celebración del 45 Congreso, para la que existían dos propuestas:

- 1) La Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, USA.
- 2) La Universidad de los Andes, en Bogotá, Colombia.

La decisión fue dar un plazo a la Universidad de los Andes para garantizar económicamente la celebración del Congreso. La respuesta fue favorable, y el acuerdo ha sido comunicado a los congresistas mediante carta circular.

Sólo cabe esperar que la fortuna acompañe a nuestros colegas colombianos, y que circunstancias ajenas al americanismo no impidan la celebración del Congreso, como ha ocurrido ya con otros acontecimientos de carácter internacional.—José Luis de ROJAS (Universidad Complutense de Madrid).

JUNIUS B. BIRD

Junius Bouton Bird, conservador emérito de Antropología y Arqueología de América del Sur en el Museo de Historia Natural de Nueva York, murió en su casa de Nueva York el día 2 de abril de 1982, a la edad de setenta y cuatro años.

El Dr. Bird era uno de los más sobresalientes arqueólogos del mundo. Por lo que más se le conoció fue por sus excavaciones en el sur de Patagonia y en la costa norte del Perú, pero también excavó en Alaska, parte norte de Canadá, Terranova, Groenlandia, Pensilvania (EE. UU.), Dakota del Sur (EE. UU.), Yucatán (México), Honduras, Panamá, Bolivia y en la parte norte de Chile.

Junius Bird no sólo fue uno de los más grandes arqueólogos de este siglo, sino que era lo que podríamos llamar un auténtico hombre del «Renacimiento» en pleno siglo xx. Sus numerosos intereses abarcaban desde la carpintería a la entomología. Su aguda mente analítica, su extraordinaria precisión al observar las cosas y su amplia visión de la ciencia en general le «oblígan» a poder ser calificado como un genio de nuestro siglo.

Su fama como arqueólogo le fue dada por sus continuos estudios e investigaciones acerca de los restos de los primeros habitantes del Nuevo Mundo. En su búsqueda de las «huellas» de estos hombres primitivos, el Dr. Bird estudió la mayor parte de la ruta que se supone siguieron desde Alaska (Islas Aleutinas) hasta Tierra del Fuego.

Unas de sus más importantes excavaciones fueron las efectuadas entre los años 1934 y 1937 en las cuevas de Palli Aike y Fell, en la parte sur de Chile. Allí descubrió los restos humanos más tempranos encontrados hasta entonces en Suramérica. Estos restos, los cuales estaban asociados con esqueletos de caballos y perezosos gigantes extinguidos, fueron más tarde fechados por el método del carbono 14, mostrando que la gente del Paleoindio americano había alcanzado la punta sur de Suramérica hacia los años 9.000 antes de C. En este tiempo hizo un detallado estudio lingüístico y etnográfico sobre los indios Alacaluf de la parte sur de Chile.

Su insistencia en tratar de observar todos los campos que pudieran relacionarse con esta intensiva «búsqueda» hizo que desarrollara una nueva visión de comprender y estudiar la arqueología. Sus observaciones en la manufactura y forma de los objetos líticos creados por el hombre temprano le hicieron ser reconocido como una de las más importantes autoridades en este campo. Su identificación del coprolito como fuente invaluable en el conocimiento de la subsistencia de la agricultura originó que se empezara a trabajar en los estudios de la arqueología desde un punto de vista diferente del seguido hasta entonces. El Dr. Bird era una autoridad sin rival en el conocimiento técnico

de la manufactura de cerámicas, objetos de metal y textiles de las culturas Precolombinas, especialmente del Perú.

Junius Bouton Bird nació en Rye, Nueva York, el 21 de septiembre de 1907, era hijo de Henry y Harriet Bird. Henry Bird fue un renombrado entomólogo y su cuidadosa manera de observación debió de haber servido a Junius Bird de lección familiar. Parte de la colección de Henry Bird sobre insectos se encuentra en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Su hermano, Roland T. Bird, llegó a ser un paleontólogo conocido, su trabajo estuvo también asociado al Museo de Historia Natural de Nueva York.

Junius Bird creció en el pueblecito de Rye, y de niño estuvo constantemente explorando los alrededores, recordando él mismo cómo siendo muy joven encontró ocasionalmente objetos líticos procedentes de los antiguos indios pobladores de ese área.

A los diecinueve años se le presentó la oportunidad de navegar y formar parte de una expedición científica a la isla de Baffin (Canadá); esto marcó el curso futuro de su vida. En 1925, el Dr. Bird empezó sus estudios universitarios en la Universidad de Columbia (Nueva York), pero su tentación por la arqueología le causó que dejara los estudios dos años más tarde para formar parte en una expedición a la isla de Baffin (Canadá), en el barco llamado «Effie M. Morrisey», bajo el mando del capitán Bob Bartlett. En un total de cinco expediciones, el doctor Bird acompañó al famoso marinero y explorador.

Su temprana asociación con el Museo de Historia Natural de Nueva York (otoño de 1928) le ofreció empezar desde muy joven a tener contacto con los primeros exploradores y científicos del siglo.

En vez de volver a sus estudios en la Universidad de Columbia, el Dr. Bird empezó a trabajar profesionalmente como arqueólogo, y al final de los años veinte y principio de los treinta tomó parte en varias expediciones como «arqueólogo de campo», bajo la supervisión del Museo de Historia Natural de Nueva York, el Museo del Indio Americano de Nueva York y el Museo del Estado de Pensilvania.

El Dr. Bird fue asistente de campo (*Field Assistant*) del Museo de Historia Natural de Nueva York desde los años 1931 a 1937, año en el cual fue nombrado asistente del conservador (*Assistant Curator*) de arqueología de Suramérica. Fue promocionado para conservador asociado (*Associate Curator*) en 1946 y llegó a ser conservador (*Curator*) en 1957. Fue nombrado conservador emérito (*Curator Emeritus*) en 1973, después de retirarse como conservador, cargo que sostuvo hasta su muerte, después de cincuenta y cuatro años de vinculación con el Museo de Historia Natural.

En 1941-42, el Dr. Bird excavó cuatro grandes sitios precerámicos en el norte de Chile. En estas excavaciones recopiló fragmentos de textiles, empezando a observar la importancia que éstos tenían dentro del

contexto arqueológico, llegando a ser más tarde una de las autoridades mundiales en los textiles Precolombinos, especialmente del Perú.

En 1946-47, el Dr. Bird efectuó unas excavaciones en el Valle de Chicama, en la costa norte de Perú. El lugar era un montículo cercano a la costa llamado la Huaca Prieta. Según sus excavaciones iban prosperando, nivel tras nivel, Junius Bird encontraba cientos y cientos de fragmentos de textiles. Estos no eran realmente hermosos comparados con los que hasta entonces los arqueólogos consideraron de interés y significación cultural. Aparentemente no eran más que «trozos» o «desechos» de textiles. El empezó a observar su construcción ya en el mismo lugar de la excavación y a hacer un poco de trabajo de conservación y restauración del material (cosa nueva dentro de los arqueólogos de su tiempo). De vuelta al Museo de Historia Natural de Nueva York, en 1948, Junius Bird empezó un intensivo estudio de los mismos. Aprendió a tejer y empezó a familiarizarse con la entonces historia de los textiles del Nuevo Mundo. Llegó a ser amigo de Georges Myers, fundador del Museo Textil de Washington D. C., y de otras personas asociadas al museo (como Irene Emery, conservador emérito del museo, que murió el año pasado repentinamente, horas después de que asistiera a una conferencia dada en su honor por el Dr. Junius Bird).

Utilizando su portentoso poder de observación, se dio cuenta de que estas «sucias» y «viejas» telas explicaban mucho acerca de la vida e historia de los pueblos marítimos peruanos de 2.300 años antes de C. Observó que los tejidos ofrecían una amplia fuente de información acerca de las gentes que los crearon, probablemente más que cualquier otro tipo de artefacto. De las fibras en sí mismas puede sacarse una cercana conclusión de si se utilizaron plantas salvajes o domésticas o qué tipo de animales. De los tintes utilizados puede ser descubierto qué grado de conocimiento sobre la química estos pueblos poseían, incluso de la misma construcción de los tejidos se puede deducir qué cálculos matemáticos conocieron.

El Dr. Bird pasó muchos años analizando la magnífica variedad de dibujos y estilos encontrados en los textiles de Huaca Prieta, y más tarde su estudio se extendió a los tejidos Precolombinos de otras partes del Perú.

Aparte de sus trabajos del Museo de Historia Natural, el Dr. Bird enseñó varias veces en cursos y seminarios de su especialidad en las universidades de Columbia, Yale, Berkeley, UCLA, Rice y otras universidades americanas. En 1958 fue nombrado doctor en ciencias por la Universidad de Wesleyan.

En 1944, el Dr. Bird fue elegido miembro del Instituto de Investigaciones Andinas (Institute of Andean Research), siendo su presidente en 1952 y 1954. En 1948-49 fue nombrado director de la sección de Antropología de la Academia de Ciencias de Nueva York. En 1957 reci-

bió la medalla de la Viking Fund en arqueología, perteneciente a la Fundación Wenner-Gren Investigaciones en Antropología. En 1961 fue elegido presidente de la Sociedad de la Arqueología Americana. En este mismo año preparó una exhibición llamada «Arte y Vida en el Antiguo Perú», que fue de gran interés público, en el Museo de Historia Natural de Nueva York. En apreciación por sus contribuciones en el conocimiento de la arqueología de Suramérica, el Gobierno peruano nombró al Dr. Bird «Gran Oficial de la Orden del Mérito» en 1962, y en 1974 lo nombró «Oficial de la Orden del Sol del Perú».

El Dr. Bird fue miembro del consejo (*trustee*) del Museo Textil de Washington D. C. desde 1957 hasta su muerte y consultante * (*consultant*) de Dumbarton Oaks desde 1963 a 1975. En 1973 se hizo en su honor una conferencia sobre textiles Precolombinos patrocinada por ambas instituciones en Washington D. C. En 1963 fue consultante de la red de televisión americana de la NBC durante el período de filmación de una serie de documentales llamados «Los primeros americanos», producidos y narrados por Hugh Downs.

Otra sobresaliente exposición preparada por el Dr. Bird fue la llamada «El Oro de las Américas», en el Museo de Historia Natural de Nueva York, efectuada en 1970. Fue miembro por mucho tiempo del Club de Exploradores (Explores Club), uno de los más prestigiosos de Estados Unidos, recibiendo la medalla del mismo en 1975.

Las primeras publicaciones del Dr. Bird fueron los informes que en 1930 efectuó sobre su viaje a Canadá con el capitán Bob Bartlett. A partir de entonces hasta su muerte, el número de publicaciones es inmenso, abarcando desde sus descubrimientos de las huellas de los primeros pobladores del Nuevo Mundo, nuevos datos sobre el carbono 14 en el Perú, técnicas utilizadas en las excavaciones, esculturas de oro Precolombino, el uso de las computadoras en la datación de tejidos a técnicas de conservación y restauración de textiles arqueológicos.

Entre sus publicaciones más conocidas están *Antiquity and Migrations of Early Inhabitants of Patagonia* (1938), *Excavations in Northern Chile* (1943), *Andean Culture History* (con Wendell C. Bennett) (1949), revisado en 1960 y vuelto a imprimir en 1964, y *Paracas Fabrics and Nazca Needlework* (con Louisa Bellinger) (1954).

El Dr. Bird tenía una excepcional lista de amigos, no solamente se encontraban en ella profesionales y colegas de su campo, sino también personas de diferentes inquietudes y nacionalidades. Como una cercana colaboradora y ayudante suya, puedo decir que su círculo de amigos era tan amplio que contaba desde gentes muy sencillas a altos diplomáticos. El será siempre recordado por su amabilidad, cordialidad

* Asesor.

y buen humor, así como por ser un narrador de historias sin igual. De hecho, la revista *New York* le seleccionó como uno de los cien más interesantes neoyorquinos del momento, siendo la selección hecha por medio de sus colaboradores, colegas, estudiantes, profesores y amigos de varias partes de los Estados Unidos. Fuera donde fuera, arriba o abajo del continente americano, a lo largo de las costas explorando las cuevas del Nuevo Mundo o estudiando los últimos habitantes de culturas antiguas, Junius Bird tenía amigos y redes de contacto.

Fue un observador nato. Su habilidad tan especial de «leer» en los objetos como los mortales leen en los libros, era como la habilidad del ingenioso naturalista —un hombre como Darwin— que mira los objetos y la vida que los rodea y utiliza esta información visual para producir enteramente nuevas conclusiones acerca de los sucesos y leyes del pasado.

Pero el legado mayor que Junius Bird nos ha dejado entre aquellos que hemos trabajado de cerca con él ha sido su inigualable personalidad humana. Supo ser un maestro y compañero al mismo tiempo que científico y amigo. Ayudó a todos cuantos pudo no sólo en el campo de la arqueología, sino en la vida cotidiana. Siempre estuvo interesado por lo que las jóvenes generaciones hacían y supo dar su consejo y experiencia a todos aquellos que se lo pidieron.

Todos aprendimos algo de él. El trabajo era parte de su vida, algo que hacía con extrema dedicación y placer. «Sacrificó» muchos años de su vida viviendo en condiciones no «deseables» por nadie durante los períodos que pasaba en el campo con sus trabajos científicos. Supo vivir por casi medio año en un barco pequeño, recorriendo, junto con su esposa —su más fiel colaboradora a lo largo de toda su carrera—, la costa sur de Chile, disponiendo de los escasos medios que les fueron puestos a su alcance; esta «hazaña» la volvió a repetir años más tarde durante sus excavaciones en Hueca Prieta, en Perú, donde la escasez de recursos económicos no fue obstáculo para poder coordinar sus trabajos como arqueólogo y científico con los de padre de familia, la cual participó, junto con él, de esos diez meses de «vida nómada».

Sus sacrificios en «pro» de la ciencia han sido compensados no sólo al ser reconocido mundialmente como una de las autoridades en la arqueología del Nuevo Mundo, sino también por el profundamente sentido y llorado vacío que su muerte nos ha producido no sólo a los que de alguna manera estuvimos relacionados con él profesionalmente, sino también entre aquellos que fuera de su marco científico lo conocieron. El ejemplo de su vida, como hombre y como investigador, es algo que todos deberíamos hoy tener presente. El día de su muerte, créanme, el mundo lloró.—Paloma CARCEDO.